

CRISTIANIDAD



11 RAZON DE ESTE NUMERO

El presente número va dedicado, principalmente, a completar el estudio de la gloriosa figura del Papa León XIII. Además de los artículos cuyo contenido pone de relieve importantes facetas de la múltiple e importantísima labor de aquel gran Pontífice, se insertan destacados fragmentos de algunas de sus encíclicas, entre ellas, la que dirigió a los católicos de nuestro país.

La **Editorial** desarrolla el tema: **La piedad, base fundamental del pensamiento de León XIII.**

Sección «**Plura ut unum**»: **Novalis, cantor de María**, por Manuel de Montoliu (págs. 2 y 3); **Elogio de la libertad**, por Miguel Melendres, Pbro. (págs. 4, 5 y 6); **Primacía del espíritu sobrenatural en las encíclicas de León XIII**, por Isidro Gomá Civit, Pbro. (págs. 7 y 8); **Proyección de la figura de León XIII sobre la clase obrera**, por Luis Creus Vidal (páginas 9, 10, 11 y 12); **León XIII y los obreros españoles**, por Antonio Pérez de Olaguer (págs. 13 y 14).

Sección **Del Tesoro Perenne, «Nova et Vetera»**: **Tres encíclicas de S. S. León XIII: Encíclica «Cum Multa» dirigida a los católicos españoles. Encíclica sobre el patrocinio de San José. Encíclica acerca del centenario del Beato Pedro Canisio** (págs. 15, 16, 17 y 18); **Los católicos alemanes ante la usurpación del poder temporal de la Santa Sede: Discurso de Windthorst en el Congreso católico de Friburgo de 1888** (pág. 19).

Sección «**A la luz del Vaticano**». **La Vida: Impresiones de Fátima**, por Francisco de P. Solá S. J. (págs. 20 y 21); **Comentario Internacional. La grave situación de Francia (II)**, por José-Oriol Cuffi (págs. 22 y 23); **Notas de interés: S. S. el Papa dirige una carta al Vicario General de la Compañía de Jesús con motivo del primer centenario del Apostolado de la Oración. Conversión del rey de Ruanda. Fragmentos de una crónica** (pág. 24).

Ilustran el presente número varios dibujos a la pluma de los cuales es autor Ignacio Serra Goday.



Sala y Badrimas

Tejidos de Lana

DESPACHO EN BARCELONA
Caspé, 33 B

FÁBRICA EN TARRASA
Prim, 59

Cuevas de Artá-Mallorca



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

CRISTIANDAD

NÚMERO 11 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48'— Ptas.

TRIMESTRAL 12'— »

EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINGENAL

1.º Septiembre de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

B A R C E L O N A

LA PIEDAD, BASE FUNDAMENTAL DEL PENSAMIENTO DE LEÓN XIII

«El siglo sigue su camino de trabajo, confiado en sus riquezas, fuerza, armas e ingenio; la Iglesia recorre los tiempos con paso firme y seguro, confiada únicamente en Dios, hacia quien levanta noche y día los ojos y las manos suplicantes. Porque Ella, aun cuando prudentemente no desprecia los demás auxilios humanos que con la providencia de Dios le depara el tiempo, no pone su principal esperanza en ellos, sino más bien en sus oraciones, súplicas y plegarias a Dios.»

Estas palabras de la Encíclica Octobri mense, que con otras ocho forma la admirable colección que dedicó León XIII al Santo Rosario, revelan el aspecto, hoy quizás más olvidado, pero sin duda más hondo, de este gran Pontífice.

Elevado a la cumbre de la dignidad Apostólica en unos tiempos «no menos calamitosos para la república cristiana que los más calamitosos de las épocas pasadas», consagró todas sus fuerzas a remediar los males gravísimos de su época. Ningún campo de la actividad humana escapó a la sagaz mirada de León XIII. Allí donde había penetrado el mal, allí alcanzó el celo y la solicitud del Pontífice: la filosofía, el derecho público, las costumbres, la economía, en una palabra, todas las manifestaciones del espíritu humano, fueron objeto de su atención y estudio.

Pero León XIII, sin despreciar el concurso de estos «auxilios humanos», no puso ciertamente en ellos su principal esperanza. Profundamente convencido que ni la ciencia humana, ni la habilidad política, ni la economía bastaban por sí solas para reparar los males de su época, nunca creyó que pudieran estos curarse con simples remedios humanos.

Bien claro lo dice en su Encíclica Quamquam pluries, dedicada al Patrocinio de San José: «En tan difícil y miserable estado, puesto que los males son humanamente incurables, no nos queda más remedio que pedir a la virtud divina el remedio completo de todos ellos».

Y al final de la Encíclica Rerum Novarum, después de exponer la solución cristiana del problema social, afirma también que «la salud que se desea ha de esperarse principalmente», no de esta o aquella fórmula económica, sino de una «magna effusione caritatis».

Virtud divina, efusión de caridad que, según explana el mismo Pontífice en su Encíclica Annum Sacrum, sólo pueden venir de Jesucristo: «No se dió otro nombre debajo de los cielos a los hombres, que así convenga para hacernos salvos». En su Sacratísimo Corazón «se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; a El se ha de rogar y de El hemos de aguardar la salvación de los hombres».

He ahí la gran esperanza de León XIII, a la cual añadía la devoción al Santísimo Rosario. En la Encíclica Adiutricem populi, proclama esta devoción como «un medio poderoso y auxiliar eficazísimo para extender cada vez más las fronteras del reino de Jesucristo». Y más adelante añadía: «¡Hay que confiar en María! ¡Hay que rogar a María! ¿Qué no podrá hacer ella en pro de la realización de nuestro deseo: Que la religión llegue a unir a todos los espíritus por la profesión de una misma Fe y a todas las voluntades por los lazos de una perfecta Caridad?...»

Más aún, León XIII tenía una gran esperanza en la realización de este deseo; esperanza que veía confirmada «en la creencia firmísima que abrigan tantas almas piadosas, de que María ha de ser el lazo bendito, dulcísimo, pero inquebrantable, por virtud del cual aquellos que aman a Cristo formarán un solo pueblo de hermanos, obedientes todos, como a su común Padre, al Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo en la tierra».

Al continuar en este número el estudio, iniciado en el anterior, de la resobante figura de León XIII, CRISTIANDAD quiere resaltar de un modo especial este aspecto que constituye, sin duda, la esencia más íntima del inmortal Pontífice.



NOVALIS, CANTOR DE MARIA

Ignoro si se ha escrito una Historia de las Conversiones al Catolicismo, aunque, a decir verdad, esta obra, por extensa que fuera, no sería, en rigor, otra cosa que un capítulo de una magna historia interna del Catolicismo, esto es, la historia de la fe católica en las almas, no en los acontecimientos y hechos visibles y externos. Confieso que la historia de las conversiones, especialmente cuando se trata de hombres de alta espiritualidad, tiene para mí un atractivo irresistible. En cada una de ellas siento repercutir aquel hondo e inefable dramatismo de la tan emotiva parábola evangélica en la que Jesús nos cuenta de aquel pastor que deja en los montes las noventa y nueve ovejas de las cien que tenía para ir en busca de la que se ha descarriado y, si por dicha la encuentra, le causa ella sola mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le han perdido. Hay también en la historia de las conversiones de almas selectas algo de la sorpresa del navegante que, habiendo comenzado una larga travesía sin rumbo fijo, ve de pronto y sin saber cómo, que ha arribado tras un largo rodeo al punto de partida. Y es que nuestra alma es también un mundo de forma esférica; y el que se lanza a navegar por ella en busca de Dios, pero sin rumbo fijo, corre el riesgo de que, cuanto más se esfuerce en alejarse del punto de partida, que es la fe católica, más vaya aproximándose a él sin saberlo, hasta que de pronto un día descubre que por rutas que sólo Dios ha trazado, ha llegado al puerto de salida. Es bien cierto que el que busca a Dios lo halla, si lo busca con rectitud de entendimiento y limpieza de corazón. Porque, bien considerado, si el alma busca a Dios, es porque ya lo ha hallado, aunque sin saberlo. No os féis de estos «buscadores» de Dios torturados, que quieren hacernos creer que lo buscan toda la vida y no lo hallan. El secreto no es buscar y hallar a Dios, sino dejarnos simplemente buscar y hallar por Él. Y así la búsqueda de Dios es una empresa en la que, en medio del ansia y de la inquietud propia de todo el que busca, arde una íntima alegría, la alegría de un vuelo que sabemos ha de llegar al término deseado. Clara y explícitamente nos lo dice el Salmista: *Quaerite Dominum et vivet anima vestra*. Buscad a Dios y vivirá vuestra alma

* * *

Uno de los capítulos más interesantes que se podrían escribir en esa historia interna del Catolicismo, a la que antes nos hemos referido, sería sin duda el referente a la singular actitud religiosa que adoptaron los corifeos del primer cenáculo romántico alemán: los dos hermanos Federico y Guillermo Augusto Schlegel, Novalis, Tieck, Wackenroder y, en menor grado, Schleiermacher. Nacidos todos ellos en la Alemania protestante, sus principios filosóficos y, sobre todo, sus tendencias estéticas les llevaron a un terreno religioso francamente alejado del luteranismo. La exaltación de todos los valores de la edad media fué una nota dominante en el pensamiento de todos estos filósofos y poetas, a los cuales debemos la primera sistematización y la primera defensa plenamente consciente de la sensibilidad originaria y de las ideas matrices del movimiento romántico. No tiene nada de sorprendente que de este culto fervoroso que aquellos escritores rindieron a la edad media, brotase con toda su incomparable fuerza creadora la llama viva de la fe o, cuando menos, de la idealidad católica, alma única de toda aquella maravillosa y ejemplar civilización medieval. Aquellas grandes inteligencias, con todo y haber sido educadas en un ambiente de radical mentalidad protestante, quedaron deslumbradas ante la belleza y la sublimidad y, sobre todo,

ante la formidable fuerza creadora de una fe religiosa que se habían acostumbrado a mirar desde su infancia como una reliquia del pasado y una cosa definitivamente superada y muerta para los hombres civilizados. El alma de aquellos primeros románticos se inclinó con profunda reverencia ante el Catolicismo, el cual se les reveló como el reino de la armonía y de la fraternidad universal, y, según observa Farinelli, como el paraíso de la poesía y del arte. Todos ellos, en mayor o menor grado y en distintas ocasiones, rindieron su tributo de admiración y veneración a la religión católica, y existen motivos fundados para sospechar que en el fondo de la conciencia de aquellos hombres eminentes hubo, si no una conversión, una viva inquietud religiosa, en la que actuaba de fermento la fe católica.

En algunos casos la inquietud llegó a cristalizar en conversión, como en el de Federico Schlegel, que fué el verdadero jefe del cenáculo romántico y el teorizador genial del Romanticismo. De él se sabe positivamente que se convirtió a la fe católica en los últimos años de su vida. El caso que no ha podido aclararse de una manera satisfactoria es el de Novalis, uno de los más grandes poetas de Alemania, dotado de un maravilloso saber enciclopédico, pensador original, agudo y profundo, que murió en la flor de su juventud llevándose a la tumba todo un mundo de pensamiento en germinación. Filósofo, poeta, crítico, hombre de ciencia, fué Novalis un alma inflamada por la llama de la más pura espiritualidad en todos los dominios del mundo intelectual moderno. De la conversión de Novalis a la fe católica tenemos un testimonio de alta calidad: el de Goethe. Según declara Falk, en una colección de conversaciones con el célebre autor del *Fausto*, éste se lamentó un día de la muerte prematura de Novalis, y también de su conversión al catolicismo. Aunque esta declaración fué categóricamente desmentida por el poeta Tieck, íntimo amigo de Novalis, el testimonio de Goethe bastaría para probar que el ánimo del malogrado poeta y pensador estaba ya decididamente inclinado a abrazar la nueva fe.

Sólidas razones hacen admisible la realidad de esta conversión. Novalis creció en un ambiente familiar que, aunque protestante, se distinguía por la fervorosa piedad cristiana que en él reinaba y que, sin duda, modeló desde su infancia su espíritu tan profundamente religioso. Un hermano de Federico de Hardenberg — éste es el verdadero nombre de Novalis — se convirtió públicamente al Catolicismo después de la muerte de sus padres. La íntima y fraternal amistad que unió a Novalis con Federico Schlegel, debió de predisponerle a dar el mismo paso que había llevado a su amigo a la fe católica. Pero el principal y más sólido fundamento de la realidad de su conversión no está en estos hechos de su vida ni en otras circunstancias anecdóticas que podríamos aún añadir, sino que nos lo dan sus mismas obras y ciertos vehementes indicios de su vida interior en los últimos años de su vida.

De sus obras podríamos citar, como prueba de nuestra afirmación, aquellas que se distinguen por el ardor del sentimiento cristiano y por la indecible ternura, nada protestante, con que nos habla de la persona de Cristo, en su naturaleza humana y en su naturaleza divina, y de los misterios y dogmas de nuestra fe. Tales los sublimes *Himnos a la noche* y una gran parte de los *Cánticos espirituales*, escritos muchos de ellos para ser cantados por los fieles en la iglesia de la comunidad protestante de los «Herrenhüter», a la que pertenecía su familia. Un intenso aroma católico exhalan muchos de estos cánticos, uno de los cuales es en alabanza de la Sagrada Eucaristía.



La obra de Novalis que hace pensar seriamente en la realidad, o por lo menos, en la inminencia de su conversión, es la que dejó inacabada con el título *La Cristiandad en Europa. Un fragmento*, escrita en 1799. Es una visión rápida y a grandes rasgos de la historia religiosa de Europa hasta los tiempos modernos. El católico más convencido podría firmar esta interpretación del proceso secular de la fe religiosa en los países europeos, que es, en substancia, toda una apología del Catolicismo, como eje y piedra angular de la unidad religiosa de Europa, y una condenación categórica del Protestantismo, como manifes-

tación del espíritu negativo de división y discordia entre los cristianos. Tan radical es la simpatía que Novalis revela hacia el Catolicismo y tan ardiente la defensa de sus ideales, que la lectura de este trabajo produjo una viva contrariedad a sus amigos protestantes, los cuales impidieron que fuese publicado en la revista *Athenaeum* a la que estaba destinado, y aún algunos de ellos hicieron todos sus esfuerzos para evitar que se incluyese en la primera edición de sus obras completas, que apareció algún tiempo después de su muerte.

Obras también muy significativas para nuestro objeto son algunos de los *Cánticos Espirituales*, sobre todo los dedicados a la Santísima Virgen, que exhalan el perfume de la más tierna devoción y que parecen arrancados de las páginas de un «Libro de horas» medieval. Ni estos Cánticos ni otros, inspirados en los misterios más augustos de nuestra religión — entre ellos el, ya antes citado, en alabanza de la Sagrada Eucaristía — podemos concebirlos como brotados de un alma que no sea íntimamente católica. Sea como fuere, sea real o no lo sea su conversión oficial al Catolicismo, nadie podrá negar que Novalis ha de ser contado entre los poetas católicos modernos. Son aún muchos los hombres cultos que ignoran que de aquel primer cenáculo romántico surgió un tiernísimo y devotísimo cantor de María, cuya voz, dulce y ardiente a la vez, armoniza maravillosamente con el coro de alabanzas que todos los días, desde hace muchos siglos, se eleva en los templos católicos al trono excelso de la bienaventurada Madre de Dios.

Por lo demás, consta en la biografía de Novalis que hacia los últimos años de su vida, y, aún antes, durante la profunda crisis espiritual que produjo en él la muerte de su amada Sofía, el poeta se entregó con extraordinario fervor a la lectura de libros de piedad católicos. Los católicos podemos, pues, reclamar como nuestro uno de los poetas más puros y más elevados que ha producido en los tiempos modernos la Alemania protestante.

Hemos querido que los lectores de *CRISTIANDAD* pudiesen gustar las bellezas del *Cántico a María* de Novalis, y por esta razón hemos hecho su traducción, que hoy publicamos en estas páginas.

MANUEL DE MONTOLIU

CANTICO A MARIA

*Quien una vez, oh Madre, te ha mirado,
Jamás tendrá la perdición en suerte;
De aflicción llorará, de ti apartado,
Te amará con ardor hasta la muerte,
Y quedará en su alma, soberana,
La huella de tu gracia sobrehumana.*

*En tu bondad mi corazón confía;
Si en mi necesidad no me desdeñas,
Ten de mi compasión, oh Madre mía;
Hazme desde la gloria alegres señas.
En ti tiene mi ser su firme asiento,
En mi socorro ven, sólo un momento.*

*¡Ah, cuántas veces yo te vi en mi sueño,
Tan hermosa que no es para descrito!
Entre tus brazos el Jesús pequeño
De mí se apiadaba, su amiguito.
Tú la augusta mirada al cielo alzabas
Y, entre esplendentes nubes, te alejabas.*

*¡Ah!, ¿qué es, triste de mí, lo que te hice?
Póstrame aún orando en tu presencia.
Los templos, donde el mundo te bendice,
Refugio son aún de mi existencia.
¡Oh tú, Reina del Cielo bendecida,
Toma este corazón, toma mi vida!*

*Cuán tuya es toda mi pobre alma,
Oh tú, mi Reina amada, verlo puedes.
¿Acaso no he gozado en tu dulce calma
Durante largos años tus mercedes?
En mi infancia feliz, oh suave encanto,
Sorbí la leche de tu pecho santo.*

*¡Cuántas veces tu gracia me bendijo!
Con candor infantil yo te miraba.
Sus manecitas dábame tu Hijo,
Que un temor de perderme le agitaba.
Tú, llena de ternura, sonreías
Y me besabas, ¡oh dichosos días!*

*Lejos ya está este mundo bienhadado;
De pena sangra el corazón contrito;
Errante voy, sin guía y conturbado.
¿Habrá sido tan grave mi delito?
Cual niño, toco el orla de tu manto;
¡Aligérame, al fin, de mi quebranto!*

*Si un pobre niño tus facciones puras
Mirar puede y confiarse a tu cariño,
Desata de la edad las ligaduras
Y tú haz de mí tu párvulo, tu niño:
En mi pecho la más filial ternura
Desde aquella edad de oro aun perdura.*

ELOGIO DE LA LIBERTAD

De un opúsculo próximo a aparecer titulado "ELOGIO DE LA LIBERTAD", reproducimos por especial concesión de su autor, el Rdo. Miguel Melendres, Pbro., varios fragmentos, convencidos de que serán del agrado de nuestros lectores.

— No. Jesucristo es Dios. ¡No quiero renegarlo!

Y viendo junto a ellos preparado el turibulo, los candidatos al martirio o tiraban el fuego sacrilego y pisaban el incienso, o se quedaban simplemente en pie, pero inflexibles, resistentes cual columnas de pórfido.

Escenas como ésta no vienen solamente detrás de nombres como el de Agapito o Clemente o Lorenzo o Fabián o Sebastián, fuertes por sexo y juventud; sino también — como ciertos rebaños de bueyes corpulentos que, por los vericuetos de nuestros montes, siguen a una pastora ni adolescente aún — detrás de la ternura femenina de nombres como son los de Inés y Lucía y Agueda y Felicitas...

— Sí, sí. ¡La Patria es nuestra y aplastaremos a los invasores!

Y previendo la horca o la mazmorra si no vencían o si perecían, los buenos hijos de la tierra se apretujaban en la plaza de armas junto al castillo señorial a la sombra animosa de las banderas desplegadas.

Y los nombres austeros de los grandes caudillos de todas las naciones, de todas las regiones y hasta de todas las ciudades, también se acompañan, como las rocas dentro de la mar, de la blandura de las aguas — ¿no es cierto, Juana de Arco? — de la dulzura de unos nombres de débiles mujeres.

A los primeros inflexibles, se dedican iglesias. A los segundos, monumentos...

Pero, ¿cuál es ese terrible poder de contestar «sí» o «no» que capacita al hombre para tanta grandeza?

¿De qué metal estará hecho este indómito eje, totalmente irrompible, que aprecian los mortales por encima de la ciencia y el oro?

Vemos al próximo en aprieto y le damos tal vez, si así nos gusta, parte de nuestros bienes. Pero un ladrón pretende arrebatarnos, más forzando derechos que saltando cercados, una gallina de corral, y le encaramos la escopeta.

— ¡Quiero que juegues a coxcox conmigo! — Y la nena, arrastrada por el hermano más forzado, en vez de jugar, chilla

— ¿Quieres jugar conmigo, rica? — Y la nena — es ella, ahora, la que quiere — abandona su muñeca y héosla aquí saltando, al lado del hermanito, como un gorrión de Dios Nuestro Señor.

Queremos, no queremos. Es decir: ¡somos libres!

Y es en este ser libres — riqueza no negada ni a los más alcanzados — que vemos desde niños, junto con nuestra dignidad, nuestra intangibilidad.

Y no es sólo la tierra, la que canta el Elogio — cantar, que no es igual, siempre, que respetar — ante nuestra mejor prerrogativa.

Es la Iglesia, es Dios mismo, que
respetan y aprecian la humana libertad

Vamos a confesarnos, y donde apremia la conciencia, no forcejea el confesor.

Sin coacción alguna, el penitente declara lo que quiere. Lejos todo sayón, el juez dicta sentencia, únicamente, sobre las faltas acusadas por el reo libérrimo.

Está prohibido bautizar a un niño sin que consientan sus progenitores.

Antes de hacer los votos la doncella en el claustro, se ha de explorar su voluntad.

Si alguien llegado al pie del ara, en el santo matrimonio, o bien a la misma ara, en la ordenación sacerdotal, puede, después, dar a entender que llegó allí coaccionado, se anula el sacramento. Mejor: es declarada su antecedente nulidad.

«Si quieres ser perfecto» — dijo el Maestro al joven. Ni aun la santidad es una imposición.

Y si es obligatoria una Ley para ir al cielo, hasta sus mandamientos los podemos romper.

Claro que quien los rompa, y no se arrepintiere condenará su alma.

Pero el infierno no será más que el terrible referéndum que Dios mismo pondrá al postrer acto libre de los que mueran en pecado.

Será la verdadera última voluntad, rubricada, diríase, por el hombre que muere queriendo su pasión; y sellada para siempre por un Dios justiciero que vive eternamente exigiendo la gracia.

¿Cómo no habrá de respetarla, el Criador, la libertad del hombre, si cabalmente

Es, la libertad, el mejor reflejo divino
que fulgura en nuestra frente humana

Lo que más nos distancia de las otras criaturas de este mundo.

El lugar donde nos encaja la corona real de la creación.

De tederos celestes cogióla Dios y nos la hundió en la arcilla del cuerpo, la tea ardiente de la libertad.

Y la llama encerrada, a través del cristal de nuestra carne, despide resplandores celestiales.

Pueblos ha habido que adoraron al sol, por el ardor con que revivifica y por el destello con que ciega, y por el poder con que despierta la vida en tantos gérmenes esparcidos en la entraña materna de la tierra.

¡Qué majestad su vuelo por el espacio, ora como el inmenso horno donde la vida se forjara, ora cual águila caudal de alas flamígeras que, sobre la natural, la empollara!

Pero tú, mayoral, tienes más de divino de lo que pueda tener Helios, cuando entre la linterna y el candil, tranquilamente escoges la linterna para salir de noche fuera de tu cabaña...

Y tú también, infante escrofuloso, eres más que este sol, sin cuyos rayos morirías ahí, en esta terraza adonde te saca cada día la hermana paúla.

Inmensamente le aventajas cuando con tus raquílicas manos le obligas a que te dibuje sobre el embozo de la sábana cuantas sombras chinescas se te ocurran.

Raya el astro la noche con su arista de diamante celeste.

Hiende el azul la golondrina con la tensa ballesta de sus alas.

Cose la anguila dentro de su gorfe el desgarrón que hacen los demás peces en la carne ternísima del agua.

Borda la araña en su telar de seda sobre patrón las briznas salpicadas de aljófar...

Pero, ¿qué pueden ser todas estas criaturas comparadas a mí, si astros y pájaros y peces y todo ser de la creación, exceptuados hombre y ángel, están encarcelados en la fija actitud de sus ausencias y mientras serán ellas,

rayarán la negrura de la noche y apuntarán sus arcos en el aire y se escurrirán dentro del agua y bordarán las gotitas de rocío, siempre de idéntica manera?

Después de todo, empero, ¿qué me importa la ignorancia del arte de tejer una tela tan hermosa como la de la araña, si está en mis manos el hacer, aunque menos artísticas, según mi voluntad, dos telas diferentes?

La incalculable multitud de criaturas no libres obra siempre igualmente. Dientes variados de una rueda inmensa, van girando al impulso necesario de una fuerza motriz, totalmente incapaces de dirigir la máquina.

¡Cada una de ellas, un espejo ciertamente minúsculo, pero invariablemente fiel, eternamente igual, de uno de los matices infinitos de la Belleza augusta.

El hombre, en cambio, no es así.

A él se le admite como al segundo de a bordo y puede poner la mano en el timón y ordenar desde el puente, en la solemne travesía hacia las playas infinitas.

El puede tomar silla tan tranquilo en la mesa de juego y como un rey jamás soñado, envitar principados eternos.

Aunque ordinariamente más que hablar vocifere, puede también el hombre decir la suya en la invisible, pero real convivencia con ángeles y con la misma Trinidad.

Pero la libertad de hacer el mal, ¿puede ser cosa buena?

La libertad de hacerlo, si luego no se hace, ¿por qué no? ¡Si en esto está precisamente la fontana del mérito!

Lo que sería inconcebible — hijos que somos de un Dios santo — sería ciertamente la imposibilidad de evitar las caídas.

Mas ahora, ¿por qué echarle en cara al Donador de nuestras facultades, el abuso posible de las mismas?

¿Rechazaremos a un amigo el sentido regalo de unos vinos finísimos, porque nos pueden embriagar?

¡Demasiado avezados que estamos a juzgar las cosas por la sombra que proyectan y no por el halón divino que hay en ellas!

Lo que nos impresiona de una cara son las berrugas y las pecas. De un dorso la joroba.

Tenemos vocación de caricaturistas.

¿Por qué ha de estremecernos el que, si así nos viene en gana, podamos zozobrar; y por qué no elogiamos lo bastante ese poder surcar el piélago del tiempo hasta tocar la orilla eterna, pasando indemnes entre escollos, piratas y delfines?

Los estremecimientos nos habrían de dar viendo — parece inconcebible — como la libertad que los modernos revolucionarios, sin ahorrar la sangre humana, intentan elevar a condición divina, resulta ser precisamente la libertad del hombre de perpetrar acciones inhumanas.

Este poder de levantar un templo y luego demolerlo, de plantar una viña para mañana darla al fuego, de escribir un tratado de gran utilidad haciendo trizas el original antes de darlo al público, ¡ésta es la diosa que han venido circundando de incienso y levantado hasta el altar!

Libertad loca que se ha detenido, orgullosa, en sí misma. Y que en la admiración de las facciones propias, no ha visto en el espejo el reflejo de Dios.

¡La libertad atea! Cuando su grito resonó por vez primera en el empireo, aunque salido de garganta angélica, tuvo por eco el bátrato.

La libertad que aquí alabamos es la de Jesucristo

La de Santiago al exclamar: «La ley cristiana es la de la perfecta libertad.»

La libertad de poder ser lo que Dios quiere que cada uno sea: una límpida copia de Quien nos hizo como El es.

La libertad para elevarnos a la estupenda silla de oro que nos ha sido preparada en la corte eterna del gran Rey.

Que nada impida el chorro sacro de nuestro amor...

No la franqueza del deber, sino tan sólo de la acción.

¿Que nos ayuden y encaminen para ascender a los luceros, aunque sea a disgusto de la carne y la sangre muchas veces?

¡Si es justamente lo que deseamos, la libertad que dan el puntal y el cestón enderezando tortuosidades!

La libertad del padre que enseña a su pequeño que apenas balbucea, con el trazado de la santa cruz, los atajos divinos.

Del padre y del maestro, que facilitan con su guía — afortunadamente, a veces, rigurosa — la floración de los capullos de la sobrenatura.

La libertad del maestro de novicios que, con austeridades, transfigura en colmena la boca del león.

Porque la verdadera libertad, puesto que Dios viene, a Dios ha de llevar

Por enorme que sea la parábola que describen los seres, si siempre de El arranca, en El siempre termina.

El agua que desciende, saltando, de la cumbre, después de desplomarse por barrancos y simas y perderse en el mar, evaporada, torna a la Fontana.

La verdadera libertad no significa, pues, voluntad alocada, independiente de su Criador.

Con los lazos de Adán — de la naturaleza — y con los sobrenaturales vínculos del amor, el hombre puede ser libérrimo.

Por otra parte, libres de estas providenciales ataduras, nuestras muñecas sufrirían las esposas de toda esclavitud.

La independencia estúpida de Dios nos cerraría dentro de la jaula instintiva de los simios.

La voluntad humana, cuanto más quiera verse libre, más tiene que abrazar la voluntad divina.

Mas se hace necesaria su identificación con la Libertad fuente.

¡Cuanto más se echa al cuello de su padre, el hijo siente ser más hijo!

Gozosamente sumergido en los designios absolutos del gran Legislador, el hombre se convierte en legislador propio. Y así, en cada obediente, hay un siervo que reina.

En vez de rebelarse, lo que procede, pues, es identificarse.

Nunca la avica sube tan arriba como cuando se agarra a las alas del águila.

Los dos cuernos de luz salieron de Moisés al aceptar las tablas de los diez Mandamientos...

En lugar de falacia, la Verdad bien desnuda.

Con leños de verdad se atiza el fuego de la Libertad. Palabra de Jesús: «¡La verdad os hará libres!»

Con la meticulosa observación de los principios logarítmicos se alcanza la facilidad del cálculo astronómico. Si despreciáramos el álgebra, ¿cómo nos moveríamos con tanta rapidez por los espacios siderales?

Con el desprecio virtuoso de los principios que proclama el mundo, se logra el ejercicio fácil de la virtud. Si se rechazan los cilicios y los azotes de las Ascética, resulta tan imposible el andar desahogados por los espacios de la Mística...

Mas, ¡ay! ¡Cuánta escasez de verdadera libertad!

La cosa más humana es la que suele el hombre tener menos.

Hacemos uso de la libertad sólo para arrancar los hierros de la jaula, no para asegurar en las traviesas los raíles; y las áncoras en el fondo del mar.

Hablamos solamente del jugueteo fácil de las hojas del fresno y no decimos ni palabra de la fijeza invariable de sus raíces en la tierra.

La exención de tapujos en la actuación del bien, ¡qué poco la añoramos!

Nosotros mismos somos, muchas veces, los primeros alcaides de nuestra libertad.

Con grillos pasionales encadenamos poco a poco el propio corazón.

Y con grillos cordiales el corazón nos aherroja, luego, la inteligencia.

Y el templo del Espíritu, que con su ígneo aleteo orearía tanto nuestro libre albedrío, somos nosotros mismos los que lo convertimos en mazmorra. Quien comete el pecado se vuelve esclavo del pecado.

Y los pocos que aceptan los cordeles divinos que ensanchan la respiración y las alas del alma, ¡cuántos tiranos se les echan encima — socialmente y religiosamente — con intención de agarrotarlos!

¿No le escucháis, como viniendo de calabozos incontables, el gemido ahogado de tantas gentes oprimidas, de tantas lenguas cenicientas, de tantas — y tan bellas y seculares — tradiciones que se quisiera suprimir?

¿No las veís fulgurar dentro la noche fosca, las lágrimas de sangre de millones de obreros uncidos, se diría, a sueldos irrisorios, a manceras y a máquinas, como los galeotes de otros tiempos a los terribles remos?

¿No las adivináis las argollas pesadas que traban en silencio — muchas veces bajo apariencias de tutela — la actividad de tantas comunidades de cristianos que sólo estorban al Estado cuando éste no apunta hacia el norte la proa de la cosa pública?

La serpiente, aplastada por un calcaño de mujer, aprieta los anillos, babeando venganzas, sobre ese mundo en que murió el Hijo de su Vencedora.

Y ese mundo que nunca cesa de hablar de libertades, cruje más cada día estrujado por mil esclavitudes.

Nadie como Jesús ha sido

abanderado de toda sana libertad

«Se juntarán los reyes de la tierra y se unirán los príncipes, formando un solo bloque contra el Señor y contra el Ungido del Señor.»

Así canta el profeta ya en el segundo de los salmos.

«Rompamos», exclamaron, «sus ataduras y sacudamos de nosotros, decididos, su yugo.»

La persecución contra los primitivos fieles de la Iglesia, generalmente se debió a que los príncipes notaron que se les iba de las manos — nada importaba que ellos alguna vez fuesen ateos — el poder en materias religiosas.

Se dieron cuenta de que el súbdito del Rabbi nazareno acataba a otro príncipe que al César, en lo que atañe al culto.

Aceptaba, leal, el código civil, pero la flor del alma — el acatamiento religioso — ya la cogían otros. Ya no serían más los reyes los que impondrían su querer en el foro interior de las conciencias. Dios erguía su solio frente al solio imperial. ¡Revolución enorme de aquel oscuro Menestral, que dijo: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César dadle lo que es del César!»

Y el orgullo imperial se retorció como una víbora...

Las demás religiones ven empuñar con una sola mano la espada y el turbulo.

Mas, para Cristo, altar y hogar — la Fe y la Patria — son dos distintas potestades, en su orden, perfectas. ¡Gigantesco estirón que puede dar únicamente Dios!

¡Seáis loado, oh mi Señor, porque disteis al hombre un esqueje de vuestra libertad!

Vos, que vestisteis a Vuestro Hijo con la sagrada humanidad, a pesar de saber que con manos humanas le colgarían de un Madero, no por ello dejasteis de tener tal confianza en el hombre, que le disteis el cetro de su libre albedrío.

Vos solamente la tenéis esa confianza en la naturaleza humana, aunque sus yerros repercutan con toda su

viveza — más, mucho más que en otro corazón — en el vuestro de Padre.

Diríase que el hombre, para el mundo de hoy, no es más que un número.

Todo lo colectivizamos.

Todo es Estado, muchedumbre abstracta.

Y entre el rumor confuso de estas greyes de anónimos, sólo Vos conocéis una por una a las ovejas y sabéis requiebrarlas con sus nombres.

Si al sacar de la nada las cosas, las encontrabais «buenas», encontrasteis al hombre «muy bueno».

¡Y es que le habíais encendido en el corazón la chispa libre!

Y si la flaqueza humana — mundo, demonio y carne — en el momento se irguió para extinguir la chispa vívida, vuestro Hijo Jesús clavó en la cruz, con el decreto de nuestra condena, la anulación de nuestra esclavitud.

Jamás, como después que Dios se dejó atar al leño de la cruz, puede el hombre ser libre...

Seáis loado, oh mi Señor, porque Vos no ofendéis la personalidad.

Por más que el hombre os pueda ofender, Vos le creéis digno de sostener en sus manos un cetro.

Confundid a los déspotas cegados por la rabia de encontrarse impotentes — con toda la potencia de sus persecuciones —, para ahogar en los pechos de Vuestros fieles súbditos la chispa inalcanzable.

Libradnos, si conviene, aun de nosotros mismos, cuando nuestros sentidos, adormecidos por el embeleco de lo efímero, acabarían por maniatarnos detrás de nuestra culpa.

Conceded libertad a las naciones que ni alientos poseen para recoger las cítaras colgadas en los saucos junto a los ríos babilónicos, y cantar su nostalgia por las murallas de Sión.

Acabad con la inicua esclavitud moderna del salario mezquino y la máquina espasmódica.

Conceded a los cuerpos la agilidad de los vestidos cortados a medida. Conceded a las almas la agilidad del orden.

Dadnos a todos el convencimiento, cada día más fuerte, de que los mandamientos divinos no entorpecen, sino que facilitan el recto uso de la libertad. Como las sendas bien trazadas ayudan a salir del enmarañamiento de la jungla.

¡Oh, mi Señor Jesús! Fuera determinismos psicológicos y fatalismos cósmicos. Mi libertad es la que viene de ser yo vuestro hijo.

Por más esclavo que me quieran hacer los enemigos, yo sé que he de salvarme cabalmente por lo que tengo en mí de libre.

¡Y moriré, si es necesario, en la defensa voluntaria de mi divina libertad!

Seáis loado, oh mi Señor, por vuestro don inapreciable: la libertad auténtica.

Alzo los ojos a mi alrededor mientras sigo la ruta hacia la riba eterna, y descubro las teas humeantes de los que incendian las iglesias en que vuestra Presencia armoniza toda ley.

¡Cuánta ceniza helada — imprescindible escolio del orgullo — después de la locura de esclavizarse, con palabras de libertad, aquellos que antes eran ya libres!

Es con otras astucias que yo atravieso el mundo.

Voy recogiendo, por las sendas de mi peregrinaje las flores que os agradan y sé muy bien que no serán jamás ni el odio ni la rebeldía.

Me inclino, reverente, muchas veces, y pregunto sumiso: «¿Qué queréis?»

Y mi gesto amoroso de esclavo fiel hasta la muerte me da, ya en la obediencia, una sensación de señorío.

Y cuando el corazón, impaciente, suplica: «Mas, ¿cuándo llegará la hora de llamar al palacio en que reina omnipotente la verdadera Libertad?...», le contesto, ferviente:

— Con la muerte de amor, se te abrirán sus puertas.

MIGUEL MELENDRES, Pbro.

PRIMACÍA DEL ESPÍRITU SOBRENATURAL EN LAS ENCÍCLICAS DE LEÓN XIII

"CONSPECTUS MALORUM"

El pórtico de la primera encíclica de León XIII (*Inscrutabili Dei consilio*, 21 de abril de 1878) es una semblanza de la sociedad contemporánea, delineada con vigorosos trazos de sangre. Desde la heterodoxia intelectual hasta el suicidio contagioso, repasa en terrible examen de conciencia colectiva la visión de las calamidades — «*conspectus malorum*» — que abruman al género humano. Ya un mes antes, en la alocución «*Ubi primum*» (28 de marzo de 1878) había reconocido públicamente el designio de la Misericordia divina, que confiaba a su puño el timón de la Iglesia en medio de un mar proceloso: «*mari saeviente*». «*El tiempo actual* — afirma en la encíclica «*Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889) — *no es mucho menos calamitoso para la sociedad cristiana, que los más calamitosos de las épocas pasadas*». Y en una poesía del año 1900, clásica filigrana del que fué uno de los más diáfanos humanistas modernos, desgrana en un rosario de estrofas arcaicas las más recias notas de la cítara latina para acusar la degradación moral del siglo agonizante:

*Quaerarne caedes, sceptraque diruta,
an pervagantis monstra licentiae?
An dirum in arcem Vaticanam
mille dolis initum duellum? (1)*

El 20 de febrero de 1878 la mayoría de votos del Conclave significaba el designio del Espíritu Santo según el cual el Cardenal Pecci pasaba a ser Pontífice Supremo. Se llamará LEÓN XIII. «*Tomo el nombre de LEÓN, declara el Papa electo, por dos razones: León XII ha sido el bienhechor de mi familia; y creo que, en las circunstancias críticas por las que atraviesa la Iglesia, es preciso que su Jefe tenga la fortaleza de un león...*»

En efecto, la primera encíclica tiene acentos de osada valentía espiritual, como el bíblico «*Ecce ego: mitte me!*» de Isaías. Aquí está el nuevo Pontífice, anciano que viene a señalar en días de persecución y angustia, la meta de un alto ideal: «*paz y victoria para la Iglesia*».

Con ojos de carne conoce y siente el abrumador pesimismo de quien contempla a una sociedad que se desmorona. Con ojos de espíritu conoce y siente el optimismo cierto de una edad futura, que se avecina, de reconciliación entre los Estados y la Iglesia.

Y empieza el combate «*pro Ecclesia Dei*».

ESTRATEGIA SOBRENATURAL

Las batallas del mundo tienen su estado mayor en el cielo y en el infierno. No marcan el camino de la historia la fuerza humana, ni el oro, ni el ingenio; hay un mundo de energías espirituales que dirige las cosas, invisible, pero realmente. Para quien tiene ojos de fe, no gana menos batallas que el político, el sociólogo y el general que exhiben sus vestuarios en el gran teatro del mundo, la niña que llora ante el sagrario o el monje que reza junto al viejo ciprés... Porque en la mano de Dios están los pueblos, y sólo se mueve desde este mundo la mano de Dios por la fuerza invisible de la oración penitente o la penitencia orante.

(1) ¿Lamentaré las matanzas, o los cetros despedazados? ¿O las monstruosidades del libertinaje que lo invade todo? ¿O la lucha empeñada, con mil dolosas accepciones, contra el alcázar del Vaticano?

La actividad de León XIII tuvo el raro privilegio de ser extraordinariamente múltiple; sus direcciones pontificias abarcaron, con inigualada competencia, todos los aspectos de la actividad católica. Por eso le admirarán otros, justamente, como sociólogo, como restaurador de la Filosofía tomista o clarividente político internacional. Pero a nosotros será permitido precisar y meditar un aspecto de sus direcciones: LA PRIMACÍA DEL ESPÍRITU SOBRENATURAL. Porque su esperanza de renovación social y su voluntad como Jefe de la Iglesia se apoyan radicalmente en una base: el poder invencible de la oración:

«¡Cosa en verdad admirable, y sobre lo que pudieran creer los hombres! Mientras el mundo sigue trabajosamente su camino, confiado en sus riquezas, fuerza, armas y talento, la Iglesia reorren los tiempos con paso firme y seguro, confiada únicamente en Dios, hacia quien levanta en la oración, día y noche, sus ojos y sus manos.»

(«*Octobri mense*», 22 sept. 1891)

Y en la citada encíclica inaugural «*Inscrutabili*», termina pidiendo oraciones para el combate «*pro Ecclesia Dei*»:

«porque Nos esperamos que más pronto y fácilmente serán concedidas esa paz y esa victoria, si los fieles dirigen sus votos y plegarias para obtenerla.»

Dando en la «*Superiori anno*» (30 de agosto de 1884) testimonio de segura esperanza mientras, en ajejo modismo bíblico, «*el espíritu de oración se derrame en la casa de David y entre los habitantes de Israel...*»

Entre los no escasos textos que reflejan la primacía del espíritu sobrenatural según el pensamiento de León XIII, tienen especial encanto aquellos que hablan de la Santísima Virgen y del Sagrado Corazón de Jesús.

"REGINA SACRATISSIMI ROSARII"

El día 10 de septiembre de 1883, León XIII mandaba añadir al final de las letanías lauretanas la invocación: «*Regina Sacratissimi Rosarii, ora pro nobis*».

Como en Lepanto, Temesvar y Corfú, será ahora el Rosario arma espiritual contra los enemigos de la santa unidad católica.

Desde aquel año de 1883 el Pontífice mariano ofrendó periódicamente a la Virgen y a la Iglesia, como sabroso regalo de otoño, una encíclica piadosa, cuya idea núcleo es siempre la misma: por una parte el fondo oscuro de la ruina moral del mundo, y por otra la esperanza feliz y cierta en un remedio sobrenatural: la oración asidua del Santísimo Rosario.

He aquí la lista de encíclicas sobre este tema:

1. «*Supremi Apostolatus*», 1 septiembre 1883.
2. «*Superiori anno*», 30 agosto 1884.
3. «*Octobri mense*», 22 septiembre 1891.
4. «*Magnae Dei Matris*», 8 septiembre 1892.
5. «*Laetitia sanctae*», 8 septiembre 1893.
6. «*Iucunda semper*», 8 septiembre 1894.

8 PLURA UT UNUM

7. «Adiutricem populi», 5 septiembre 1895.
8. «Fidentem piumque», 20 septiembre 1896.
9. «Augustissimae Virginis», 12 septiembre 1897.
10. «Diuturni temporis», 5 septiembre 1898.

Tienen, además, textos sobre la Santísima Virgen los documentos siguientes: Carta apostólica «*Parta humano generi*» (8 septiembre 1901); Constitución «*Ubi primum*» (2 octubre 1898); Encíclica «*Quamquam pluries*» (15 de agosto 1889); Carta apostólica «*Amantissimae voluntatis*» (14 abril 1895).

Constituyen esos escritos una mina inexhausta de teología y ascética mariana, adecuada lectura espiritual para almas sólidamente instruidas. Sirviéndose de ellos escribió el canónigo Bittremieux un opúsculo de síntesis: «*Doctrina mariana Leonis XIII*», y puso de manifiesto la integridad sistemática del pensamiento leoniano, que se iba manifestando anualmente a sus hijos con repeticiones que manifiestan la cariñosa insistencia de un anciano y la preocupación de un mandato superior, que le decía al oído, con frase profética, según reconoce en la «*Laetitiae sanctae*»: «*Clama, ne cesses!*...»

Por la primera de las Encíclicas instituye el mes del Santísimo Rosario; y en todas ellas considera este género de oración, sencilla y profunda, vocal y mental a un tiempo, como un remedio efficacísimo contra los males de la sociedad contemporánea, que reduce a tres capítulos fundamentales en la «*Laetitiae sanctae*»: el hastío de la vida sencilla y laboriosa, el horror al sufrimiento, y el olvido de la eternidad futura que esperamos, antítesis de los misterios de gozo, dolor y gloria de la corona mariana.

Y en la última de las citadas encíclicas, exteriorizando ya la segura esperanza de morir pronto en el tierno amor de la Madre del cielo, repite textualmente que ha colocado siempre la salvación de la sociedad humana como en alcázar roqueño, en la propagación del culto mariano.

Sería delicioso el recuento de las varias confesiones íntimas de su devoción personal que alimentó desde niño en Carpinetto. En compensación transcribimos unas líneas de su última carta mariana, dirigida a los Cardenales Vannutelli, Rampolla, Ferrata y Vives (26 mayo 1903), con ocasión del 50.º aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción:

«No solamente la piedad para con la Madre de Dios fué, desde la infancia, uno de nuestros más dulces afectos, sino que también es, a Nuestro modo de ver, uno de los auxilios más poderosos concedidos por la Providencia a la Iglesia Católica.»

"IN HOC SIGNO VINCES"

Llegó el anciano Pontífice a la arista que une las vertientes de dos siglos.

Meditó con íntimo dolor la tragedia espiritual del siglo que agonizaba.

Vió también un rayo de claridad en el evidente renacer universal de la piedad católica. Lo dice mil veces como doctor, y lo repite como poeta en el himno secular ya citado del 1 de enero de 1900:

«...non inane
auspicium pietas renascens» (2)

Presintió la esperanza de una edad más dichosa. Y, consciente de su autoridad, colocó en la cumbre de unión de dos siglos el faro resplandeciente de dos encíclicas:

«*Tametsi futura*» (1 noviembre 1900): Cristo Redentor es la base única de toda prosperidad social.

«*Annum Sacrum*» (25 mayo 1899): La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el instrumento providencial, concedido por Dios a la sociedad moderna, para conseguir la regeneración y la salvación del género humano. Transcribimos una vez más un precioso texto, ya muy conocido:

«Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, era oprimida por el yugo de los Césares, apareció a un joven emperador una Cruz en la altura, auspicio y causa a un tiempo de la amplísima victoria que pronto se obtuvo. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos otro Signo, faustísimo y divinísimo, a saber: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, resplandeciendo entre llamas con muy brillante fulgor. En El han de ponerse todas las esperanzas; a El hay que pedir, de El hay que esperar la salvación de los hombres.»

El alma del Pontífice, con presentimiento exultante de profeta, plasmó en la plegaria que da fin a la poesía de principio de siglo, el ideal de la pacífica victoria que espera para la Iglesia, bajo el Signo sobrenatural del Corazón divino:

«*Iesu, futuri temporis arbiter,
surgentis aevi cursibus annue.
Virtute divina rebelles
coge sequi meliora gentes.*

.....
*Mens una reges, te duce, temperet,
tuis ut instent legibus obsequi;
Sitque unum Orile et Pastor unus,
una Fides moderetur orbem.» (3)*

ISIDRO GOMÁ CIVIT, Pbro.

(2) No es vano augurio la piedad que renace...

(3) Jesús, árbitro de los futuros tiempos, dirige propicio los caminos del siglo que nace. Con tu divino poder obliga a las naciones a mejorar su vida. Tengan los reyes una sola mente, bajo tu guía, para que anden solícitos en la observancia de tu Ley. Haya un solo rebaño y un solo Pastor; gobierne el mundo una sola Fe.



Proyección de la figura de León XIII

SOBRE LA CLASE OBRERA

SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN PLENO SIGLO XIX

«La situación de la clase trabajadora era fatal, y, generalmente, resultaba peor en las manufacturas, porque entonces nadie se ocupaba de su suerte, ni de su higiene, ni del cambio que resultaba de la aplicación del pueblo a los trabajos fabriles, ni si éstos, por su carácter monótono, le embrutecían. En las fábricas de hilados de Manchester trabajaba la gente catorce horas diarias, en grandes o pequeñas cuadras, en una atmósfera caldeada y saturada de polvillo de algodón, de emanaciones de aceite y de los operarios. Los hombres más robustos quedaban inválidos para el trabajo a los treinta o cuarenta años; a los niños se les enviaba a las fábricas desde la tierna edad de ocho años, en cuyo caso pocos llegaban a los diez y seis, sin que los padres sospecharan que ellos mismos eran los verdugos de sus hijos, tan grande era la ignorancia... Estaba prohibido al trabajador hablar con su vecino; en llegando a la fábrica cinco minutos después del toque de campana, pagaba diez reales de multa; el que caía enfermo tenía que poner en su lugar un sustituto bajo la multa de medio chelín. En algunas fábricas tenían que comprar los trabajadores los combustibles, etc., que necesitaban, en una tienda determinada que, naturalmente, no era más que una dependencia del amo de la fábrica bajo otro nombre, etc....»

Esta trágica apreciación del trabajo humano no se refiere a las condiciones de Esclavitud de la Antigüedad, ni a la de los siervos en la tan calumniada como poco conocida y peor juzgada Edad Media, sino a la situación de la clase obrera en pleno siglo XIX, el «de las luces». Tampoco se refiere a la clase obrera de los países calumniados por la «leyenda negra», sino a la del país adelantado, en su época, sobre todos los demás, en la industria y en el comercio: la Gran Bretaña. Y, en fin, quien esto escribe no es ni ningún revolucionario extremista en materia social, ni tampoco, por el contrario, ningún caritativo y filantrópico sociólogo perteneciente a cualquier escuela, si no cristiana, por lo menos demofílica: es precisamente escritor tan típicamente liberal-conservador, tan entusiasta de su siglo como Otto von Leixner, que mereció nada menos que ser traducido en nuestra lengua — el fragmento que citamos lo es — por don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Esta era la hosca realidad en el siglo XIX: el pauperismo obrero, la explotación del hombre por el hombre. En su exageración, Marx tenía algún fundamento cuando llegaba a decir: «La subordinación del obrero a la regularidad invariable del maquinismo crea una disciplina cuartelaria perfectamente organizada; perfectamente organizada en el régimen de fábrica, cesando de hecho y de derecho toda libertad. El obrero come, bebe y duerme con arreglo a un mandato. La despótica campana le obliga a interrumpir el descanso o las comidas... El látigo del mayoral de esclavos está sustituido por la libreta de castigos del contraamaestre. Todos estos castigos quedan reducidos a multas y retenciones de salario, de modo que el capitalista aun saca más provecho de la violación que del cumplimiento de sus leyes.»

Tenía algún fundamento Marx cuando, pasando ahora al campo contrario, al nuestro, vemos coincidiendo en

descripción, al virtuoso abate Naudet formular un cristianísimo y «avanzado» programa social que hoy nos admira haya podido llegar a constituir un «programa», cuando se trata de los más elementales derechos de toda persona humana, que hoy nos pasma haya sido necesario reivindicar. ¡A tanto llegó la explotación del hombre por el hombre, originada por el liberalismo económico de la época del desarrollo del maquinismo y de la industria! ¡A tanto se llegó en este siglo XIX en que culmina la des-cristianización social que le legaron sus anteriores! «¡Saludo con entusiasmo — exclama el celoso abate y en fecha tan poco apartada como en 1893 — el día en que el obrero habrá reconquistado su dignidad; el día en que hallará otra vez su domingo y su reposo nocturno... Saludo el día en que los salarios mínimos serán fijados... El día en que se crearán instalaciones económicas que constituirán, no una limosna, sino un derecho... En este día que yo saludo, la esposa podrá permanecer en su hogar, en lugar de ser destinada a un rincón de fábrica donde quede infecunda, a menos que no dé a luz, como decía Taine, analista bien poco sospechoso de sensiblerías, a «estos niños de blanco cráneo», que viven sólo dos meses y cuyo destino es poblar los cementerios...»

Esta fué la triste realidad del siglo XIX, y el fruto de aquella su economía liberal, mejor dicho, materialista.

FÁCILES SOFISMAS

Entre las injurias demagógicas y estereotipadas, ya clásicas contra la Iglesia y los católicos en general, figura, preferentemente, la de que no se han preocupado lo debido de la clase obrera, y de que ésta ha conseguido sus reivindicaciones y mejoras gracias a los modos violentos del socialismo en sus diversas facetas.

No es el objeto de nuestra Revista el de la apologética contra estos fáciles sofismas para los cuales basta una simple cultura media para oponerles obstáculo infranqueable. Pero no está de más, al hablar del inmortal Pontífice León XIII el hacer notar cómo está justificada su aureola de protector de la clase obrera y cómo los orígenes remotos de la más popular y famosa de sus Encíclicas — la «Rerum Novarum» — corresponde a toda una tradición, a toda una cadena de eximios católicos que, desde 1830, venían preocupándose por los problemas sociales, mucho antes de que lo hiciesen pensadores y escritores pertenecientes a otros campos — como no fuesen los de signo negativo —, hijos del naciente y destructivo socialismo — y a otras Instituciones, ya que, contra lo que se cree, tardaron mucho los hombres de Estado y los sabios del siglo en ocuparse del bienestar de los humildes. En cierto modo, se repite, al entrar el mundo en la nueva era social del maquinismo y de la industria, lo que se registró en la era antigua. Allí, el esclavo, no encontró otra protección que la del espartaquismo antisocial, solamente vengador, hasta que aparece la sombra benéfica de Cristo. En el siglo XIX no halló más que la venganza del socialismo, igualmente destructor, hasta que aparece la sombra benéfica de la Iglesia, cuando aun las instituciones humanas y los Estados eran indiferentes a los sufrimientos de los de abajo.

LA ENCICLICA "RERUM NOVARUM"

La «Rerum Novarum» debe ser estudiada y comprendida en unión del imponente conjunto de las demás Encíclicas Leoninas, las cuales constituyen un cuerpo armónico — incluso con gran hilación cronológica de conceptos y relación de una a otra —, verdadera suma, como se dijo en otro número de esta Revista — de la concepción cristiana de la vida, del individuo y de la sociedad. De otro modo se cae en vaguedades. Como también deben ser conocidas las circunstancias de lugar y tiempo que la acompañaron. Si no es así, su lectura improvisada — sobre todo en cotejo con la «Quadragesimo Anno» —, puede darnos de la misma una impresión errónea, y, para una mentalidad ligera, dejar el regusto de lo que hoy llamaríamos «poco avanzado». Nada más lejos de esto que la realidad. Eterna, como todas las enseñanzas básicas de la Iglesia, absteniéndonos prudentemente de llegar al terreno exclusivo de los hechos prácticos, no hay duda de que contiene suficientes precisiones para haber constituido, el día de su aparición, en 15 de mayo de 1891, una verdadera «campanada» social, como así fué en verdad.

Prívanos el espacio de reproducir sus fragmentos más esenciales, lo cual es también un vicioso recurso, puesto que debe ser estudiada en su totalidad, pero consuélanos el considerarlo innecesario, puesto que esta Encíclica es hoy bien conocida de los católicos cultos, y su texto se ha reproducido en miríadas de publicaciones para que se halle en manos de todos. Supuesto conocido, preferible es el referirnos, como decíamos, a los antecedentes de esta Encíclica, verdaderamente instructivos para nuestro fin, y que, al hablar de su gestación, nos señalan profundamente el espíritu que le anima. Mas, antes, incluso, de pasar a estos antecedentes de la Encíclica, echemos una ojeada general a los grandes males de nuestra sociedad, objeto del gran Documento Pontificio.

CRISTIANISMO O PAGANISMO. EL PESIMISMO DEL SIGLO XIX

Como en todas las cosas, en el mundo moral, esencialmente hablado, sólo existen dos campos: o Cristianismo o Paganismo. Así, en la Economía.

En todos los órdenes — social, político, etc. — el último, como Proteo, puede adquirir mil formas. Todos tienen un fondo coincidente. El capitalismo burgués y el anarquismo, a pesar de hacerse guerra a muerte, coinciden en su materialismo, y se hallan por ello mil veces más próximos entre sí que en relación con el corporativismo cristiano medieval, por ejemplo.

Esta última fué la forma en que cristalizó la organización económica social de una sociedad fundamentalmente cristiana. Su concepción de la vida, un ideal superior — sobrenatural — dominaba todos los actos de la existencia, así social como individual. Al quedar la persecución del bienestar y de las riquezas materiales templada por ideales superiores, la ausencia del frenesí de la codicia hacía fácilmente solubles las cuestiones sociales: bastaba para ello la organización gremial o corporativa que brotó por sí sola de la entraña viva de aquella sociedad.

Al decaer este espíritu cristiano, y apoderarse la codicia de lo material del corazón humano — época renacentista — empiezan a aparecer, de nuevo, todas las aberraciones ya conocidas en la pagana antigüedad. Y, sobre todo, cuando esta codicia embarga a los príncipes para informar, después, al Estado. Así, la época del absolutismo coincide con las teorías y prácticas de lo que técnicamente se llama, en la historia de la economía, época mercantilista.

El siglo XVIII, al traer las ideas revolucionarias, da auge al sistema llamado fisiocrático, en el que coinciden más o menos filósofos y políticos. Entonces, en realidad, nace el liberalismo económico: en reacción circunstancial contra el «mercantilismo» del Estado, y en reacción más definitiva y profunda, contra los restos del viejo corporativismo, ya desacreditado, y con razón, porque era ya un cadáver. Le faltaba el alma, que era cristiana, y le sobraba el cuerpo, que, sin el alma, no era más que una trabazón inaguantable para la libre iniciativa y también para la libre codicia. Adán Smith es el verdadero fundador de la Economía liberal que tras toda esta época queda consagrada.

Y este siglo XIX muestra lo que puede dar de sí la codicia humana convertida en ideal y ocupación de la vida: la explotación del hombre por el hombre. Y, pese a que en este siglo los continuados inventos otorgan continuas fuentes de beneficios, de prosperidad y de progreso, la situación de las clases inferiores, de las obreras, es cada vez peor. Si la libre iniciativa es fecunda en mejorar las máquinas y aplicar continuos descubrimientos — en parte no pretendemos negarlo —, en cambio es incapaz de alcanzar, para nadie, la mínima y legítima felicidad terrenal que el Medievo cristiano no regateaba.

Por esto Malthus busca la solución de los males que causa la codicia, y que se achacan injustamente a la insuficiencia de los medios materiales, en la limitación — crimen contra las leyes divinas y cosmológicas — de los nacimientos y Ricardo también, sin quererlo, apenas disimula su pesimismo. Y el optimismo de Bastiat, en realidad, se considera más bien como lirismo que como conciencia. La conciencia asegura que la realidad es lúgubre, como declara un Sismondi, ingenuamente quizá, con la crudeza de la sinceridad.

Estas dificultades dan origen, en su fondo, a las dos grandes tendencias económico-políticas del siglo: el librecambismo y el proteccionismo. Un juego más de péndulo. Como en política. Y ya es sabido cuál es el fin de estos «péndulos».

Estas realidades abren el paso a su consecuencia: a los extremismos. Nacen las ideas socialista y comunista. Marx es su supremo patriarca. Rousseau, Saint Simon, Fourier, Owen y Fichte sus profetas. Proudhon y Bakunin encabezan lo que podemos llamar la escisión anarquista. Es ya el caos que se anuncia: «la sociedad se ha destrozado a sí misma», como no podía menos de suceder. Tales son las palabras de Pío XI en la «Quadragesimo Anno», cuando comenta, con la serenidad que presta el tiempo, los males que se iniciaron en aquella época.

POSICIÓN DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

¿Y cuál fué, delante de este caos, la posición del pensamiento católico?

Veillot se admiraba de que su fervor hacia la historia de la Iglesia pudiese a su vez admirar a otros. ¿Desde cuándo, decía, puede extrañar que un hombre halle sus delicias en la historia de su madre?

A una gran distancia y, en cierto modo, delante de aquel caos podemos nosotros, asimismo, gustar como el pensamiento católico, mucho antes que nadie más, se desveló por los problemas de los humildes, de los necesitados, cuyo número iba creciendo a medida que el maquinismo del siglo iba creando una sociedad (si es que merece el nombre de tal) con condiciones de vida absolutamente nuevas.

Es cierto que en las obras sociales, como en las benéficas — y España no es una excepción — se ha registrado muchas veces la presencia de la vanidad, que ha

empañado la belleza del apostolado, cuya auténtica marca es el desinterés. En otras — mejor fuera de aquí — las miserias humanas han mezclado tan altos ideales con el bajo cálculo de la hipocresía. Mas estas circunstanciales manchas no pueden empañar una ejecutoria tan limpia.

Es cierto, igualmente, que el éxito, observado en conjunto e imparcialmente, no puede decirse haya acompañado decisivamente a la acción social católica. ¡Cuántas obras iniciadas, y cuántas llevando una vida difícil y precaria! Es cierto. Mas esto es consecuencia de la misma corrupción social, invencible casi, del siglo. En ello influye el permanente error de quienes podríamos llamar «católicos sociales» en no querer enfocar los problemas estos del único modo que debe acometerlos un católico consecuente: con visión totalitaria. Son los mismos que escudrinan y pesan, palabra por palabra, la «*Quadragesimo Anno*» y la «*Rerum Novarum*» y no estudian ninguna otra Encíclica de los Papas contemporáneos. Los problemas humanos son, esencialmente, totalitarios. Si no se parte de la raíz, es imposible controlar el árbol. Si no se vindica la concepción básica cristiana de la vida, del hombre y de la sociedad, es perder el tiempo el atacar los problemas sociales, que son como las ramas del árbol del cual aquellos principios son la raíz. Del mismo modo que, si no se ataca el origen del mal, la infección en la sangre o en los órganos vitales, es inútil el pretender curar las erupciones cutáneas.

¡Mas, si en tal aspecto han fallado — por no haberlo advertido — tantos católicos consagrados a la acción social, cuánto esfuerzo, cuánto sacrificio, cuánto entusiasmo, cuánta caridad, cuánto celo no se ha visto — prescindiendo ahora de los éxitos alcanzados — desde más de cien años ha! Realmente, ante tanto esfuerzo continuado, si la sociedad no ha creído y no ha seguido la acción tutelar de los buenos hijos de la Iglesia, no debe culparse a ésta. Imitando al Padre Coloma, es aquí cuestión de repetir lo que el Señor dijera a nuestra gran Santa española: «Teresa, yo he querido..., pero los hombres no han querido...»

HISTORIAL DE LA LABOR SOCIAL REALIZADA POR LOS CATÓLICOS, EN FRANCIA PRINCIPALMENTE. LOS ORIGENES REMOTOS DE LA «*RERUM NOVARUM*»

En Francia, ya en los buenos tiempos de «*L'Avenir*» (Lammenais) y, más tarde, en 1848, de «*L'Ere Nouvelle*» (Lacordaire y Ozanam) les vemos acometer las reivindicaciones obreras, antes de que Marx y Engels echaran su célebre manifiesto. Ozanam no se contentaba con la caridad, con las conferencias: quería, también, justicia social. Melun y Le Play figuran entre los iniciadores. En esta época, se registra este mismo movimiento del pensamiento en otros países. En España tenemos un ilustre representante en Balmes: cumple el siglo que en las luminosas páginas de «*La Sociedad*» estudiaba, en su estilo, a la vez tan profundo y tan llano, estos problemas. En los diversos Estados de la Confederación Germánica también brillan pensadores. En Italia, a compás del renacimiento escolástico — el P. Liberatore, por ejemplo —, también salen a la luz estas cuestiones. Mas es en Francia, que en aquella época era, sin duda, el centro del pensamiento del Mundo — para su perdición en muchos aspectos, por desgracia — donde surgen principalmente estudios y movimientos que en este momento nos interesan de un modo especial, por el hecho de haberse inspirado en ellos, de un modo más inmediato, León XIII para redactar su Encíclica.

En pleno II Imperio, funcionan ya los círculos de obreros de Maignen, Keller y del príncipe Alberto de

Brogie. Mas su definitivo impulso estaba reservado a dos grandes figuras. Los azares de la guerra del 70 habían creado una cordial camaradería entre dos brillantes oficiales, llenos de sanos ideales, pertenecientes a la más rancia nobleza del país: el conde Alberto de Mun y el marqués de la Tour-du-Pin. El segundo había de ser célebre por su inteligencia; el primero por su fidelidad heroica a la causa católica, y, en especial, por su obediencia, en circunstancias difícilísimas, al criterio del Santo Padre. No hay duda que Mun es uno de los grandes ejemplos del pasado siglo. Ambos oficiales se cubrieron de gloria en el campo del honor, y luego hubieron de compartir las tristezas del cautiverio. Durante el mismo, aquellos dos espíritus selectos, hechos para entenderse, se comunicaron sus ideales. A su regreso a París, fueron acogidos por Maignen, el celoso director del círculo obrero de Montparnasse — el principal de los que antes hemos hecho mención — y así dió principio su acción social, cuando aun humeaban los incendios de la Commune. La aportación de los dos jóvenes y ardientes oficiales, de su inteligencia, dinamismo, elocuencia, así como también de sus medios económicos, que generosamente no escatimaron, dieron un resultado formidable, y la Obra de los Círculos, hasta entonces de vida precaria, se extendió a toda Francia. Mun se multiplicaba, y pronto, en la Francia que acababa de salir de la terrible convulsión, se organizan manifestaciones católicas, muchas de ellas piadosas, de gran convergadura y solidez.

Hacia 1875, este movimiento, que cuenta ya los Círculos por centenares, comprendió la necesidad de establecer, más sólidamente, un cuerpo de doctrina. Entonces brilló, en tal tarea, René de la Tour-du-Pin. Hasta entonces la acción de estos círculos se había limitado a una defensa integral y valiente de la verdad; agrupados, sin respeto humano, alrededor del «*Syllabus*», no habían necesitado mucho más. Los avances del socialismo, sin embargo, les convencieron de la necesidad de aumentar la especialización intelectual de sus «*técnicos*». Se forma un Comité en el que figuran nombres como León Gautier, de Breda, Roquetteuil, el P. Monsabré, etc. De sus publicaciones — los resúmenes de «*Avis*» — puede decirse que fueron el prelude de la «*Rerum Novarum*». Aparece entonces la principal de ellas, «*L'Association catholique*». Y es entonces que toma cuerpo la idea del corporativismo cristiano, tan reivindicado, aun cuando no se haya conseguido, hasta la fecha, su resurrección real.

Como si la Providencia quisiese hacer ver a la ceguera humana que, con su ayuda, y con la buena voluntad de los hombres, todo sería posible, se efectúa entonces un ensayo feliz de este corporativismo. Del terreno especulativo los Círculos pasan al de los hechos, y se crean, junto con los comités, reuniones de patronos cristianos, verdaderos gérmenes de la vieja Corporación resucitada. Un vivo ejemplo se realiza. En Champagne, en Val-des-Bois, un patrono, varón que merece el nombre de santo, M. Harmel, crea, poco a poco, una verdadera Guilda a la moderna, adaptada a las realidades de la moderna industria y de la vida del siglo. La vida religiosa y piadosa de la misma está inspirada en la del Medioevo, mas la organización corporativa, cooperativa de seguros, etc., corresponde a los avances técnico-sociales más fructíferos y adelantados. Durante mucho tiempo, el insigne Harmel — llamado por sus obreros «*le bon Père*» — fué un ejemplo que Dios puso ante la vista de los patronos cristianos de todo el mundo, mostrándoles el camino que debían seguir. El nombre de este ilustre patrono, durante mucho tiempo está unido a los fastos de estos movimientos en Francia.

Mas el desarrollo de éstos pedía una directiva pontificia. La contrarrevolución, en nombre del «*Syllabus*»,

para esta finalidad, no bastaba; un simple neo-corporativismo, tampoco. Era necesaria una «carta» social, un documento pontificio, especializado sobre esta cuestión. La Tour du Pin escribe entonces su obra «Vers un ordre chrétien», y Mun — respectivamente el cerebro y el brazo del movimiento — incansable, es un aldabonazo constante de que se sirve la Providencia para llamar a las conciencias dormidas de tantos patronos católicos. Los discursos, las invectivas del conde contra la apatía de las clases conservadoras de su época son impresionantes, y ellas solas son una vindicta del pensamiento cristiano de su tiempo. Su voz resuena, igualmente, en la Cámara, e interviene en todas las cuestiones sociales, utilizando el vivo ejemplo de M. Harmel como bandera. Y en estas luchas transcurren diez años llenos de labor: Congresos, actos públicos, todo llevado con gran constancia en unos tiempos en que, si la sociedad hubiera «respondido», sin duda hubiera fructificado. Más tarde, décadas después, hemos visto cómo se perdió la eficacia de estos generosos esfuerzos. La sociedad estaba ya demasiado corrompida.

En el terreno especulativo, las cuestiones y los problemas adquieren cada vez más vida. Existe una verdadera inquietud, hacia 1888 y 1889 de parte de todos estos beneméritos pensadores. Las ideas sobre el régimen corporativo, sobre la intervención que hay que conceder al Estado, sobre diversos puntos litigiosos, pero fundamentales — unidos ya al problema general, y más fundamental aún, el político, sobre la constitución del Estado en sí, y en relación con Asociaciones y Corporaciones —, se hace ya angustioso. Falta una orientación general y básica. La «Revue des Deux Mondes», el «Correspondant», atacan a los católicos. Ya éstos, entre sí — llenos, en general, de buena voluntad —, elevan sus discusiones hasta un diapason elevado... Chocan ya opiniones y escuelas diversas. Tal sucede en el Congreso Internacional de Lieja, en 1890, para no citar muchos otras reuniones e incidentes. Su historia llenaría un libro, como puede pensarse. Mas no es necesario detenernos aquí.

Durante esta misma época, un feliz acontecimiento se había venido realizando. Ya hemos visto antes cómo todo este movimiento sociológico no era privativo de Francia. En Alemania, sobre todo — bajo la influencia de grandes nombres, entre los que figuran Monseñor Ketteler, Vogelsang, Rodolfo Meyer —; en Suiza (Dercurtins, entre otros); en Inglaterra (principalmente bajo los auspicios del Cardenal Manning), etc. Esto había promovido, desde 1880, el deseo, de parte de todos los conspicuos elementos consagrados a estas labores, el anhelo de establecer un contacto personal. De este deseo nacieron unas reuniones anuales que, desde 1884, se celebraron en Friburgo. Monseñor Mermillod fué su director. Las reuniones duraban una semana, y se repitieron durante siete años. Fueron fructíferas, porque fueron lle-

vadas con un sano deseo de alcanzar la verdad, y, con humilde sumisión, a la Tradición, a los Padres de la Iglesia y, sobre todo, a Santo Tomás.

Pronto el Papa se fijó en estas reuniones. Pronto encargó le mandasen sus trabajos, sus conclusiones. Contra algunos detractores, las alabó con toda decisión. No en vano había promulgado, ya en los inicios de su Pontificado, la Encíclica «Quod apostolici» contra el socialismo, como demostración de lo interesado que personalmente se sentía hacia los problemas sociales. Y, cuando acusan a la Unión de Friburgo de socialismo, el Santo Padre exclama: «No es socialismo lo que hacéis, si no cristianismo». Y, en efecto, empieza a recoger frutos de dicha Unión, que le servirán para inspirarse para su próxima futura inmortal Encíclica.

APARICIÓN DE LA ENCÍCLICA. SU TRIUNFO

En 1890, el Pontífice consulta personalmente al conde de Mun, y comprueba una vez la raíz profundamente católica del movimiento del que este esforzado varón es caudillo: es la época en que, de otra parte, empiezan a llegar, incluso de la otra orilla del Océano, peregrinaciones de obreros a Roma. Y el Padre común no espera ya más.

En 15 de mayo de 1891 aparece la «Rerum Novarum».

Ante ella se inclinó el mundo. Las mismas divisiones de los franceses — coincidía con la penosa época del «ralliement», poco tiempo después del famoso «brindis» de Alger, del cardenal de Lavignerie, que tan al vivo puso las profundas divergencias que les afligían, y que el Papa no logró superar — se inclinaron ante la elevación y sublimidad de la gran Encíclica social. Los dos grupos católicos de Francia — que, más o menos, se observaban en muchos otros países — adoptáronla, sin reservas, como bandera y programa.

Y es que la gran Encíclica se impuso, como muy bien proclamó, entre tantas voces de alabanza, el mismo «Worwaerts», órgano del socialismo alemán, quizá una de las voces que más altamente habló en términos justos de la misma: «En virtud de sus funciones y en la plenitud de su poder, el Papa se ha adelantado a los príncipes y gobiernos de los Estados civilizados, y ha resuelto la cuestión social.»

* * *

Y la figura de León XIII se proyecta, bienhechora, sobre la sufrida clase humilde de su siglo. Es el Papa de los obreros.

LUIS CREUS VIDAL



Carpineto, pueblo donde nació S. S. León XIII

LEÓN XIII Y LOS OBREROS ESPAÑOLES

Se llamaba Joaquín Vicente Pecci y era hijo del conde Ludovico Pecci y de Ana Prospero-Buzi. Nació en Carpineto (Italia) el 8 de marzo del año de gracia de 1810. Se educó en los jesuitas, allá en Viterbo.

Hasta aquí, una existencia próspera. Por su cuna. Por sus antecedentes aristocráticos. Por sus maneras distinguidísimas. Nadie sospecharía... Y, sin embargo, Joaquín Pecci, hijo de un conde, fino, alto, esbelto y elegante, aplicado y estudioso, cursa, con sostenida brillantez, la carrera sacerdotal. Y ya ungido ministro del Señor, no aspira a ser príncipe de la Iglesia ni a poder lucir sus dotes maravillosas. Tiene, en cambio, una rara obsesión: el amor a los humildes, la caridad con el prójimo, la mejora de los obreros, la exaltación del proletariado. Cuenta, sí, claro está, con altas recompensas, con éxitos notables en su carrera diplomática... Delegado del Papa en Benevento y en Perusa. Obispo — en 1843 — titular de Darnieta. Nuncio en Bélgica. Cardenal Camarlingo. A su pesar, escala los altos puestos jerárquicos y triunfa en todos. Pero su obsesión, su amor está en los obreros.

Y así llega el día 20 de febrero de 1878. Fecha histórica en los anales de la Iglesia. Fecha difícil para la causa de Pedro. Ha muerto Pío IX. A la hora del Angelus, en el mediodía del 7 de febrero de 1878. La Cristiandad está de luto y, con ella, el mundo todo. Dice don Manuel Polo y Perolón, catedrático del Instituto de Valencia, académico, comendador de Isabel la Católica y, sobre todo, ferviente carlista: «Regocijense las potestades y satélites del averno, porque creyeron asistir a los funerales del Pontificado o, cuando menos, llegada la hora de que se sentase en la cátedra infalible un Pontífice salido de sus antros.» Y el masón Crispi, jefe del Gobierno liberal de Roma, ha pronunciado la oración sacrilega: «El catolicismo, como toda obra humana, ha terminado su misión.»

Así, en este ambiente, se celebra el cónclave. Jamás se ha visto más claro el influjo del Espíritu Santo. Todo es prodigioso en esta trascendental reunión cardenalicia. En pocas solemnidades se ha congregado en Roma mayor número de cardenales. Ya eso sólo es maravilloso. Casi todo el Sacro Colegio. Componían el cónclave que eligió a Nicolás V, dieciocho cardenales; veinte eligieron a Paulo II. En estos momentos solemnes, de sesenta y cinco que componen el Sacro Colegio, se reúnen sesenta y dos. En realidad, falta sólo el arzobispo de Reims, tan gravemente enfermo, que muere en aquellas horas. Los dos restantes llegan con retraso. Pero llegan.

Otro raro prodigio. El cónclave que eligió Papa a Pío VII, por ejemplo, duró tres meses y catorce días. El cónclave que comentamos, duró sólo treinta y seis horas.

Y en esta reunión, el entonces cardenal Pecci está pálido, sumamente pálido. Pesa sobre él toda la emoción angustiada de aquel momento difícil para la Cristiandad. Nota que las miradas de todo el mundo católico convergen en él.

¡Oh la palidez de muerte de Joaquín Pecci, cardenal de la Iglesia de Roma! Con voz velada por la emoción, habla:

— No me puedo tener de pie... Necesito hablar al cónclave... Temo que se equivoque. Me reputan un doctor y creen que soy docto, sin serlo. Suponen que tengo las dotes indispensables para ser Papa, y no las tengo. He aquí lo que yo quisiera decir a los cardenales.

Otro cardenal le corta, vivo:

— A nosotros nos corresponde juzgar de vuestra doctrina, y no a vos. En cuanto a cualidades para ser Papa, Dios las conoce. Dejadle hablar...

Y el cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, se acerca al cardenal Pecci y le anima:

— ¡Valor! No se trata de vos en este momento. Se trata de la Iglesia y del porvenir del mundo.

El cardenal Pecci, más pálido que nunca, alza los ojos al cielo, como implorando la protección de Dios.

El escrutinio resulta abrumador. A las treinta y seis horas de la reunión, sale, limpio, un nombre, impulsado por cuarenta y cuatro votos definitivos: el nombre del cardenal Joaquín Vicente Pecci y Prospero-Buzi. O sea, de S.S. el Papa León XIII.

* * *

¡León XIII! Gobernó la Sede de Pedro durante veinticinco años y cinco meses. ¡Pocos Papas alcanzaron tan dilatada longevidad! Falleció el 20 de julio de 1903, a los noventa y tres años de edad.

Naturalmente, su Pontificado fué fecundo. Desde todos los aspectos. Restableció las relaciones con Rusia y con Alemania, y mejoró la situación católica en la Gran Bretaña, en los Estados Unidos y en Portugal. Instituyó la jerarquía católica en Inglaterra y en el Japón. Condenó, con valentía y con lógica, las escuelas modernas de la economía política. Arbitró, de mutuo acuerdo, sobre la posesión de las Islas Carolinas, entre Alemania y España. Y su amor a la Virgen Santísima y su piedad encendida le llevaron a imponer, al oficiante de la Santa Misa, el rezo de las tres Avemarias finales y de la Salve última.

Su pluma, ágil, documentada siempre, profundísima, legó a la posteridad obras poéticas muy meritorias y doctrinas sapientísimas. Las Encíclicas las escribía él mismo, en latín clásico.

Fundó 248 diócesis y 48 vicariatos en todo el mundo católico.

Por su gran preocupación fué la cuestión social. Por ello, León XIII es conocido por el Papa de los obreros. Se adelantó al siglo xx con sus reivindicaciones proletarias, pero impregnándolas de un piadosísimo espíritu cristiano. Su Encíclica *Rerum Novarum* constituyó la cima de su constante desvelo. Verdadera Carta Magna de las reivindicaciones del proletariado, ¡cuán distinta hubiera sido la marcha del mundo, si todos los católicos hubieran querido y sabido interpretarla y seguirla! ¿Cuál ha de ser la solución del problema social? León XIII rechazó con ardor la teoría socialista, y, en contraposición a ella, presentó como remedio la doctrina cristiana, basada en la fraternidad de los hombres y en ser el trabajo una pena derivada del pecado original. Por ello, los obreros deben prestar su trabajo íntegro. Y por su parte, el patrono debe respetar la dignidad del trabajador.

Toda el alma limpia del Pontífice santo se le escapa por esta hermosa Encíclica, bañada en aromas divinos. Y en España — ¡es natural! — la Encíclica es acogida con entusiasmo, con cariño, con respeto y con amor. Y entonces...

* * *

Don Claudio López Bru, Marqués de Comillas, es la autoridad máxima en la organización de la peregrinación a Roma. Decreta la peregrinación la Asamblea Católica de Valencia, en 1893, siendo presidida por el arzobispo Sancha. Durante un año, don Gonzalo Trasierra se encarga de la propaganda en los periódicos, y el célebre P. Vicente, de la propaganda oral en los púlpitos, círculos y reuniones.

En España, la noticia de una peregrinación a Roma, para ir a besar el anillo al Papa de los obreros, produce en las masas populares un entusiasmo frenético. Se inscriben más de 18.000 hombres. Todos de condición modesta. De diversas carreras, artes y oficios. Desde un

sacerdote ciego, a aquel viejo obrero de 84 años, que muere en Roma, asistido por los médicos del Papa; a aquella obrera que entrega una cajita con veinticinco duros:

— He aquí, Santo Padre, los ahorros de toda mi vida.

León XIII besa la limosna, mientras queman sus pálidas mejillas dos lágrimas ardientes.

¡León XIII y los obreros españoles! Allá van los obreros españoles a besar su anillo. Pero en España — ¡ay! — gobierna el liberalismo. Cánovas del Castillo está en el poder. Y...

Parece algo inaudito y, sin embargo, es un aviso profético. Mas no hay peor sordo que el que no quiere oír. Y el liberalismo es maestro en crear sorderas voluntarias.

Más de cinco hermosos barcos de la Compañía Transatlántica, llevan a los peregrinos a la recién nacida Italia. Salen del puerto de Valencia, en abril de 1894. Un griterío ensordecedor se levanta en la ciudad. ¿Son victorias? ¿Son aclamaciones? No. Son silbidos, imprecaciones, blasfemias, insultos soeces, pedradas, barbarie, caos. Preside el Gobierno, Cánovas del Castillo. Pero el liberalismo informa el poder...

Dos republicanos, Azzati y Blasco Ibáñez — ¡ay aquella República concebida en el absurdo mayor, bajo la advocación de San Vicente Ferrer! — capitanean las turbas. ¡Las turbas! ¡Qué parecidas a aquellas, incendiarias, de un 11 de mayo! ¡Qué gemelas de aquellas, asesinas, de un 19 de julio!

El Marqués de Comillas se indigna. Con sólo cuatro marineros planta cara al rebaño sectario que ataca a la grey católica. Un obispo llega a bordo, perseguido de cerca por el populacho. El pueblo, el pueblo sano y noble, el auténtico, es el que está a bordo de los buques, camino de la recién nacida Italia.

Acude — es natural — el señor gobernador. Se encara con el populacho. Reina el liberalismo en España. El gobernador lleva un bastón y, al no ser obedecido, lo rompe en las costillas de los agresores. Acto simpático, pero el bastón roto. ¡El bastón, símbolo triste de aquella autoridad claudicante, pese a su reacción momentánea!

Y así parten los peregrinos. Así parten las naves de la Transatlántica, con el pueblo sano a bordo, mientras la chusma ruge su odio sectario en el muelle.

Ya en Roma, los peregrinos se reparten en 1.500 coches que los llevan de un lado a otro de la ciudad. El padre Constantino Bayle, S. J., en su documentada vida

del segundo Marqués de Comillas, afirma al referirse a este punto: «Contra lo que podía recelarse, el desembarco de los peregrinos y transporte a Roma fué, de parte de los italianos, cortés. Y digo que había recelos en contra, porque el Gobierno de Humberto debió de imaginarse que los obreros españoles iban en son de conquista: ¡un nuevo saco de Roma por motivos contrarios! Así es que se les prohibió usar distintivos, ir formados y entonar cánticos por las calles, y se aumentó en tres batallones la guarnición de la Ciudad Eterna. Sin embargo, aun yendo de «incógnito», los obreros españoles fueron los más y los mejor organizados».

Y ya están los obreros españoles y León XIII, frente a frente. Es el 17 de abril de 1894. León XIII celebra una Misa para los peregrinos. Luego, les recibe en audiencia. Desfilan ante él las comisiones. S. S. reclama a su lado al Marqués de Comillas, que se ha retirado a un segundo término. Y ante ellos y el arzobispo de Sevilla, pasan los peregrinos.

Y es entonces cuando, sin ponerse de acuerdo y como si brotara de un solo pecho idéntico clamor, se oye una voz unánime:

— ¡Viva el Papa Rey!

León XIII yergue su figura soberbia, mayestática, solemne. Su mano blanca se recorta en rúbrica bendita. Tiene las facciones «huesudas y con tendencia a acabar en punta o arista, carácter fisonómico de agudeza de ingenio y de penetración». Tiene la nariz larga, la boca grande, la frente despejada, la sonrisa dulce, la mirada viva: signos de bondad, de inteligencia clarísima y de una gran serenidad.

Pero ¡ay!, ante el grito clamoroso y espontáneo de 18.000 obreros españoles, pensando en los cuales ha escrito tan recientemente su famosa Encíclica, León XIII pierde su habitual serenidad y se inclina.

¡León XIII está llorando!

Y un aplauso cerrado corona el éxito de aquella audiencia única.

Yo he visto llorar también a algún superviviente de aquella jornada triunfal, que me lo ha contado...

Y mientras, allá en España, otros pobres obreros se agitaban engañados, prendidos en la verborrea pedante y demagógica de aquellos funestos políticos liberales, sin acertar a entrever — sumidos en las tinieblas de su error — ni a sospechar la grandeza de esta escena impresionante, a un tiempo fuerte y consoladora...

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER



TRES ENCICLICAS DE S. S. LEON XIII

ENCÍCLICA "CUM MULTA" DIRIGIDA A LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica:

Entre las muchas prendas en que se aventaja la generosa y noble nación española, merece cierto el mayor elogio el que, después de varias vicisitudes de cosas y de personas, aun conserva aquélla su primitiva y casi hereditaria firmeza en la fe católica, con que ha estado siempre enlazado el bienestar y grandeza del linaje español. Esta firmeza la hacen patente muchos argumentos, y mayormente la insigne piedad para con esta Sede Apostólica, que con toda clase de demostraciones, con escritos, con larguezas y con piadosas romerías, repetidas veces en modo muy esclarecido manifiestan los españoles. Ni se olvidará tampoco el recuerdo de tiempos recientes, en que toda Europa fué testigo del ánimo no menos esforzado que piadoso, de que dieron prueba en días aciagos y calamitosos para la Silla Apostólica. [...]

PELIGROS DE LA DESUNIÓN DE LOS CATÓLICOS ENTRE SÍ Y CON EL EPISCOPADO

En verdad no hay cosa que no se pueda esperar de España, si tales sentimientos de los ánimos fueran nutridos por la caridad, y fortalecidos por una constante concordia de voluntades. Mas en este punto — ya que no hemos de disimular lo que hay — cuando pensamos en la conducta que algunos católicos de España creen que deben seguir, conmueve nuestro corazón una pena semejante a la ansiosa solicitud que pasó el Apóstol San Pablo por causa de los Corintios. Segura y tranquila había permanecido en España la concordia de los católicos entre sí, y sobretodo con los obispos; y por esto nuestro predecesor Gregorio XVI, alabó con razón a la nación española, porque «perseveraba en su inmensa mayoría en su antiguo respeto a los obispos e inferior jerarquía canónicamente establecidos». Pero ahora, habiéndose puesto de por medio las pasiones de partido, aparecen señales de desunión, que dividen los ánimos como en diferentes bandos y perturban no poco aun las mismas asociaciones fundadas con fines religiosos. Sucede a menudo que al buscar el modo más conveniente para defender la causa católica, no se tiene cuenta de la autoridad de los obispos. Aun más, se dan casos en que se reciben a disgusto los consejos y aun ordenaciones legítimas del obispo y hasta abiertamente los reprenden, como si éste hubiera querido dar gusto a unos, y molestar a otros. [...]

RELACIONES MUTUAS ENTRE LO RELIGIOSO Y LO CIVIL. ERRORES OPUESTOS

a) Separación.

Es oportuno recordar las mutuas relaciones entre lo religioso y lo civil, pues muchos se engañan en esto por dos clases de errores opuestos. Porque suelen algunos no sólo distinguir, sino aun apartar y separar por completo la política de la religión, queriendo que nada tenga que ver la una con la otra, y juzgando que no deben ejercer entre sí ningún influjo. Estos ciertamente no distan mucho de los que quieren que una nación esté constituida y gobernada, sin tener en cuenta a Dios, Criador y Señor de todas las cosas: y tanto más perniciosamente yerran, cuanto que privan desalentadamente a la nación de una fuente caudalosa de bienes y utilidades. Porque si se quita la religión, es fuerza que flaquee la firmeza

de aquellos principios que son el principal sostén del bienestar público y reciben grandísimo vigor de la religión: tales son en primer lugar el mandar con justicia y moderación, el obedecer por deber de conciencia, el tener domeadas las pasiones con la virtud, el dar a cada uno lo suyo y no tocar lo ajeno.

b) Identificación.

Empero como se ha de evitar tan impío error, así también se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo a los que pertenecen a otro partido. Esto en verdad es meter malamente los bandos en el augusto campo de la religión, querer romper la concordia fraterna y abrir la puerta a una funesta multitud de inconvenientes. Por tanto lo religioso y lo civil, como se diferencian por su género y naturaleza, así también es justo que se distingan en nuestro juicio y estimación. Porque las cosas civiles, por más honestas e importantes que sean, miradas en sí, no traspasan los límites de esta vida que vivimos en la tierra. Mas por el contrario, la religión que nació de Dios y todo lo refiere a Dios, se levanta más arriba y llega hasta el cielo. Pues esto es lo que ella quiere, esto lo que pretende, empapar el alma, que es la parte más preciada del hombre, en el conocimiento y amor de Dios, y conducir seguramente al género humano a la ciudad futura, en busca de la cual vamos caminando. Por lo cual, es justo que se mire como de un orden más elevado la religión y cuanto de un modo especial se liga con ella. De donde se sigue que ella, siendo como es, el mayor de los bienes, debe quedar salva en medio de las mudanzas de las cosas humanas y de los mismos trastornos de las naciones, ya que abraza todos los espacios de tiempos y lugares. [...]

OBEDIENCIA A LA POTESTAD LEGÍTIMA. SIGNIFICACIÓN DEL EPISCOPADO

El fundamento de esta concordia, entre lo religioso y lo civil, es, en la sociedad cristiana, el mismo que en toda república bien establecida: a saber, la obediencia a la potestad legítima, que ora mandando, ora prohibiendo, ora rigiendo, hace unánimes y concordantes los ánimos diferentes de los hombres. En lo cual no hacemos más que recordar cosas sabidas y averiguadas de todos: aunque son ellas tales, que no sólo es menester tenerlas presentes en el pensamiento, sino guardarlas con la conducta y práctica de todos los días, como norma del deber. Es decir, que así como el Romano Pontífice es maestro y príncipe de la Iglesia universal, así también los obispos son rectores y cabezas de las iglesias que cada cual legítimamente recibió el cargo de gobernar. A ellos pertenece en su respectiva jurisdicción el presidir, mandar, corregir y en general disponer de todo lo que se refiera a los intereses cristianos. Ya que son participantes de la sagrada potestad que Cristo Nuestro Señor recibió del Padre y dejó a su Iglesia: y por esta razón nuestro predecesor Gregorio IX, dice: «No nos cabe duda que los obispos llamados a participar de nuestra solicitud hacen las veces de Dios». Y esta potestad ha sido dada a los obispos para grandísimo provecho de sus subordinados; puesto que por su naturaleza tiende a la edificación del cuerpo de Cristo, y hace que cada obispo sea como un lazo que una con la comunión de la fe y de la caridad a los cristianos a quienes preside, entre sí y con el supremo Pontífice, como miembros con su cabeza. A este propó-

sito es de gran peso aquella sentencia de San Cipriano: «Estos son la Iglesia, la plebe unida con el sacerdote, y la grey arrimada a su Pastor». [...]

LAS ASOCIACIONES AUXILIARES DE LA CLERECÍA. ESPÍRITU DE CARIDAD

Para ayuda de la obra (del Clero español) juzgamos no poco a propósito aquellas asociaciones, que son como cohortes auxiliares para el acrecentamiento de la religión católica. Así que alabamos el establecimiento e industrias de las mismas, y mucho deseamos que creciendo en número y celo lleven cada día frutos más copiosos. Mas como éstas se proponen la defensa y dilatación de la causa católica, y la causa católica la dirige el obispo en cada Diócesis, siguese naturalmente que deben estar sometidas a los obispos y hacer grandísima estima de su autoridad y protección. Ni han de trabajar menos las mismas por conservar la unión de los corazones: primero porque es propio de toda sociedad que su fuerza y eficacia provenga de la mancomunidad de las voluntades: y en segundo lugar porque es más conveniente que en esta clase de asociaciones resplandezca la caridad, que debe ser compañera de todas las obras buenas, y como señal y divisa que distinga a los discípulos de la escuela de Cristo. [...]

LA UNIÓN CON EL EPISCOPADO

Estas reglas de obrar creemos que servirán muchísimo para apartar las causas que impiden la perfecta concordia de los ánimos. A Vosotros toca, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, explicar Nuestra mente, y poner el empeño posible en que todos conformen cada día su conducta con lo que llevamos dicho. Lo cual

ciertamente confiamos que de buen grado harán los espafloles, tanto por su probado afecto a esta Sede Apostólica, como por los bienes que se han de esperar de la concordia. Traigan a la memoria los ejemplos de su patria: consideren que si sus mayores hicieron dentro y fuera de España muchas proezas de valor y muchas obras ilustres, no las pudieron hacer desvirtuando sus fuerzas con las disensiones, sino juntándose todos como en una sola alma y un solo corazón. Porque animados de la caridad fraterna y sintiendo todos lo mismo, es como triunfaron de la prepotente dominación de los moros, de la herejía y del cisma. [...]

INVOCACIÓN DEL PONTÍFICE

Empero, puesto que toda nuestra suficiencia viene de Dios, rogad mucho a Dios juntamente con Nos, para que dé a Nuestros avisos virtud y eficacia, y disponga los ánimos de los pueblos a obedecer. Preste favor a nuestros trabajos la Inmaculada Virgen María, augusta Madre de Dios, Patrona de las Españas; asístanos Santiago Apóstol, asístanos Santa Teresa de Jesús, Virgen legisladora y gran lumbrera de las Españas, en quien el amor de la concordia y de su patria y la obediencia cristiana, como en perfecto ejemplar, maravillosamente brillaron.

Entre tanto como prenda de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, a todos vosotros, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, v a toda la nación española con muchísimo afecto en el Señor damos la Apostólica bendición.

Dado en Roma, en San Pedro a los 8 días de diciembre de 1882. De Nuestro Pontificado año quinto.

LEÓN PAPA XIII

ENCÍCLICA SOBRE EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

Aunque ya muchas veces hemos ordenado que se hagan en todo el orbe oraciones especiales y con mayor eficacia se encomienden a Dios los intereses católicos, a nadie, sin embargo, parezca extraño que creamos deber ahora inculcar de nuevo en los ánimos la misma obligación.

EL UNICO REMEDIO EN LAS CIRCUNSTANCIAS DIFÍCILES

En circunstancias difíciles, principalmente cuando el poder de las tinieblas parece atreverse a todo para acabar con el nombre cristiano, la Iglesia, por su parte, acostumbró siempre a invocar y elevar súplicas con empeño y perseverancia mayor a Dios, su autor y vengador, ayudándose también de los santos del cielo, y en especial de la augusta Virgen Madre de Dios, en cuyo patrocinio ve que principalmente ha de consistir la defensa de sus intereses. Y el fruto de estas oraciones y de la confianza que se pone en la divina bondad aparece más tarde o más temprano.

Ahora bien, Venerables Hermanos, conocido os es el tiempo actual, no mucho menos calamitoso para la república cristiana que los más calamitosos de las épocas pasadas. En muchísimos vemos que perece el principio de todas las virtudes cristianas, la fe; que se enfría la caridad; que crece depravada en costumbres e ideas la juventud: que por todas partes, con la fuerza y con la

astucia, se ataca a la Iglesia de Jesucristo; que se hace al Pontificado una guerra atroz, y que, creciendo de día en día la audacia, se minan los cimientos mismos de la religión. Hasta donde se haya bajado en los últimos tiempos, y qué designios agitan todavía los ánimos, demasiado conocido es ya para que tengamos que explicarlo con palabras.

En tan difícil y miserable estado, puesto que los males son humanamente incurables, no nos queda más que pedir a la virtud divina el remedio completo de todos ellos.

EL PODER*DEL*ROSARIO

Esta es la causa porque creímos deber excitar la piedad del pueblo cristiano a que implore con más empeño y constancia el auxilio de Dios Omnipotente. Y así acercándose ya el mes de octubre, que otras veces ordenamos que se dedicase a la Santísima Virgen María del Rosario, exhortamos eficazmente a los fieles a que con la mayor devoción, piedad y concurso que sea posible, celebren también este año todo aquel mes. Sabemos que en la bondad maternal de la Virgen está nuestro amparo, y ciertos estamos de que no en vano están en ella colocadas nuestras esperanzas. Si en las grandes épocas de la religión cristiana cien veces Ella la ha socorrido, ¿por qué dudar de que renovará ahora los ejemplos de su poder y favor, si unidos todos le hacemos humildes y constantes oraciones? Antes, por el contrario, Nos creemos que tanto más admirablemente nos socorrerá, cuanto más largo ha sido el tiempo que ha querido que duren nuestros ruegos.

LA INTERCESIÓN DE SAN JOSÉ

Pero además tenemos otro propósito, al cual, como soléis, Venerables Hermanos, cooperaréis con Nos diligentemente. A saber: para que con la oración más fácilmente se aplaque Dios, y siendo mayor el número de intercesores, más pronta y más copiosamente socorra a su Iglesia, juzgamos que conviene mucho que se acostumbre el pueblo cristiano a invocar con especial bondad y ánimo confiado, juntamente con la Virgen Madre de Dios, a su castísimo Esposo el bienaventurado San José; lo cual por motivos ciertos juzgamos que ha de ser agradable y conforme a los deseos de la misma Santísima Virgen.

A la verdad, en esto de que ahora por primera vez vamos a decir algo en público, tenemos entendido que la piedad de los pueblos, no solamente inclinada, sino, que, tomada ya en cierto modo la carrera, va cada día adelantando; porque el culto de San José, que aun en las edades antiguas procuraron los Sumos Pontífices poco a poco engrandecer y propagar, en estos últimos tiempos hemos visto que por todas partes y de modo que no deja duda, se ha aumentado, especialmente desde que nuestro predecesor Pío IX, de feliz memoria, a petición de muchísimos obispos, declaró al Santísimo Patriarca patrono de la Iglesia católica.

Sin embargo, porque importa tanto que su culto se arraigue profundamente en las costumbres e instituciones católicas, por esto queremos que el pueblo cristiano se mueva principalmente por Nuestra voz y autoridad.

RAZÓN DE SU PATROCINIO

Las causas y razones especiales por las cuales se tiene en particular a San José por Patrono de la Iglesia, y ésta a su vez se promete muchísimo de su tutela y patrocinio, con haber sido él, Esposo de María y padre putativo de Jesucristo. De aquí dimana toda su dignidad, gracia, santidad y gloria. Ciertamente la dignidad de la Madre de Dios es tan alta que nada puede hacerse que la sobrepuje. Sin embargo, como entre San José y la Beatísima Virgen María medió el vínculo conyugal, no hay duda de que a aquella excelentísima dignidad con que la Madre de Dios aventaja muchísimo a todas las naturalezas criadas, se acercó San José más que ninguno. Porque es el matrimonio una sociedad y parentesco el mayor de todos, que por su naturaleza lleva unida a sí la comunicación de los bienes de uno de los cónyuges al otro. Por lo cual, si Dios dió a la Virgen por esposo a San José, dióselo también, no sólo por compañero de su vida, testigo de su virginidad, protector de su honra, sino además para que en virtud de la alianza conyugal fuese partícipe de su excelsa dignidad. Del mismo modo él solo entre todos sobresale con una dignidad augustísima, por haber sido, disponiéndolo así Dios, custodio del Hijo de Dios, y tenido en la opinión de los hombres por padre del mismo Hijo de Dios. De lo cual se seguía que a San José estuviese humildemente sujeto el Verbo de Dios, y obedeciese sus mandatos, y le diese toda la honra que a su padre es menester que den los hijos.

Ahora bien, de esta doble dignidad nacían los deberes que la Naturaleza ha puesto a los padres de familia, de tal suerte, que de aquel hogar divino, que presidía San José, era él mismo el legítimo y natural guarda, tutor y defensor. Los cuales deberes y oficios, él, cuanto le duró la vida, en realidad de verdad, ejercitó. Con amor sumo y asiduidad continua se esforzó en mirar por su Esposa y por el divino Niño; con su trabajo acostumbró a procurar lo que para vivir y sustentarse necesitaban ambos; buscando un asilo seguro, evitó el peligro de la vida que la envidia de un rey fraguó; en las incomodidades de los caminos y en las amarguras del destierro, él fué el perpetuo compañero, ayudador y consolador de la Virgen y de Jesús. Ahora, pues, en aquella Familia divina, que José, con autoridad como de padre, gobernó, estaban encerrados los principios de la naciente Iglesia.

La Virgen Santísima, así como es Madre de Jesucristo, así también lo es de todos los cristianos, porque en el Monte Calvario, entre los últimos tormentos del Redentor, los engendró, y asimismo en Jesucristo, como el Primogénito de los cristianos que por adoración y por la redención son sus hermanos.

De las cuales cosas nace la razón porque el dichosísimo Patriarca tiene por encomendada a sí de un modo peculiar la multitud de los cristianos de que consta la Iglesia, es decir, esa familia innumerable y por todo el mundo desparramada, sobre la cual, por ser esposo de María y padre de Jesucristo, tiene una autoridad hasta cierto punto de padre. Es, pues, conforme a razón y excelentemente digno del bienaventurado San José que, como en otro tiempo y en cuantas cosas se ofrecieron, defendió religiosamente la familia de Nazaret, así ahora por su patrocinio celestial proteja y defienda la Iglesia de Cristo. [...]

FRUTOS DE ESTE PATROCINIO

En verdad, pues, hay motivo para que todos, de cualquier condición y lugar, se encomienden y confíen en el Patrocinio del bienaventurado San José. En José tienen las padres de familia el modelo más excelente de la vigilancia y providencia paternas, tienen los esposos el dechado perfecto del amor, concordia y fidelidad conyugal, las vírgenes tienen el ejemplar y al mismo tiempo el protector de la virginal integridad. Poniéndose por delante la imagen de José, aprendan los que nacieron de linaje noble a conservar, aun en la ruina de sus fortunas, la dignidad; entiendan los ricos cuales son los bienes que deben principalmente apetecer y con todas las fuerzas allegar. Mas los proletarios, los obreros, cuantos se hallan en inferior condición, a José deben con derecho suyo propio acudir, y de él tomar ejemplos que imitar.

Porque él, de sangre real, unido en matrimonio a la mayor y más santa de todas las mujeres, padre, en la opinión de los hombres, del Hijo de Dios, a pesar de todo esto, pasa su vida trabajando, y con el trabajo de sus manos y el ejercicio de su arte procura cuanto es necesario a la sustentación de los suyos. No es, por lo tanto, si se busca la verdad, abyecta la condición de los más pobres; y no solamente no hay en el trabajo de los obreros deshonor alguno, sino que puede, cuando se le junta la verdad grandemente ennoblecerse. José, contento con lo suyo, aunque poco, sufrió con ánimo igual y levantando las estrecheces que van necesariamente unidas a aquella escasez en los medios de sustentarse, es decir, que siguió el ejemplo de su Hijo, el cual, habiendo tomado la forma de siervo, con ser señor de todas las cosas, abrazó de voluntad la mayor pobreza e indigencia. Con el pensamiento de estas cosas deben levantar sus ánimos y rectamente pensar los pobres y cuantos van sustentando la vida con el salario de sus manos, a los cuales, si es concedido sin faltar a la justicia, hacer esfuerzos por salir de la pobreza y alcanzar un estado mejor, sin embargo, trastornar el orden por la providencia de Dios establecido, ni la razón, ni la justicia se lo permiten. Y aun más, echar mano de la fuerza y por medio de la sedición y de los alborotos acometer en esta materia cualquier cosa, necio consejo es, y que la mayor parte de las veces hace más graves aquellos mismos males para cuyo alivio se tomó. No confíen, pues, los pobres, si son cuerdos, en las promesas de hombres sediciosos, sino en los ejemplos y patrocinio del bienaventurado San José, y asimismo en la maternal caridad de la Iglesia, que, en verdad, cada día va teniendo de ellos mayor cuidado.

INVOCACIÓN ESPECIAL

Así, pues, prometiéndonos muchísimo, Venerables Hermanos, de vuestra autoridad y esfuerzo episcopal, y aunque no desconfiamos que los buenos y piadosos harán de su espontánea voluntad más y mayores cosas de

las que se prescriben, decretamos que en todo el mes de octubre, al rezo del Rosario, que en otra ocasión ordenamos, se añada una oración a San José, cuya fórmula os será llevada juntamente con estas letras, y que esto mismo se observe cada año perpetuamente.

Y a los que piadosamente recitaren la susodicha oración, les concedemos a cada uno y por cada vez la indulgencia de siete años y otras tantas cuarentenas. Y ordenamos también, lo que es provechoso y muy laudable, y que ya en algunas partes se ha establecido; es a saber: consagrar en honor del Santo Patriarca, con algún ejercicio cotidiano de piedad, el mes de marzo. Donde esto no se pueda fácilmente establecer, es, por lo menos de desear que tres días antes de su fiesta se haga oración en el templo principal de cada pueblo. Y en aque-

llos lugares en que el día 19 de marzo, consagrado al bienaventurado San José, no está comprendido en el número de las fiestas de precepto, exhortamos a cada uno que no rehuse emplear aquel día santamente, en cuanto fuere posible, con ejercicios privados de piedad en honor del Patrono celestial, no de otra manera que si fuere de precepto.

Entretanto, en prenda de los dones celestiales y testimonio de nuestra benevolencia, a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y pueblo, damos amantísimamente en el Señor la Apostólica Bendición.

Dada en Roma, en San Pedro, el día 15 de agosto del año 1889, duodécimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII

ENCÍCLICA ACERCA DEL CENTENARIO DEL BEATO PEDRO CANISIO

San Pedro Canisio (1527-1597) *primer jesuita alemán, fué enviado al Emperador de Alemania, Carlos V, para impedir los progresos del luteranismo en aquellas regiones. Fundó la Universidad de Ingolstadt y pasó luego a Viena donde fundó un colegio, siendo nombrado predicador de la corte. Provincial de los jesuitas en Alemania del Norte, publicó su catecismo, que ha sido apreciado durante tres siglos como una notable obra de Apologética. Tomó parte en el Concilio de Trento. Fué canonizado por Pío XI.*

S. S. León XIII, en ocasión del tercer centenario de su muerte (1897), publicó la Encíclica *Militantis Ecclesiae*, cuyo tema central es la necesidad de armonizar la ciencia con la religión, tomando como ejemplo la labor realizada por San Pedro Canisio en el campo de la enseñanza en Alemania. Extractamos los principales fragmentos de la misma:

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

Tiene la época presente ciertas semejanzas con el tiempo en que vivió Canisio; puesto que el afán de cosas nuevas y del ejercicio de mayor libertad de doctrina, se sigue un gran perjuicio a la fe y una gran perversidad de costumbres. Una y otra peste, procuró arrojar de todos los ánimos, pero muy singularmente de la juventud, este otro Apóstol de Alemania, después de Bonifacio, no sólo valiéndose para ello de oportunas predicaciones, y de la sutileza en las disputas, sino principalmente de instituir escuelas y editar buenos libros...

...La gravedad del negocio que tomó a su cargo este varón, defensor acérrimo de la fe católica, en la defensa de los asuntos sagrados y civiles, fácil es calcularlo al que considere el estado de Alemania en los comienzos de la rebelión luterana. Pervertidas las costumbres y siendo cada día más libres, fué fácil la entrada del error; el error mismo hizo llegar al colmo la ruina de las costumbres. De aquí la manifiesta separación de muchos de la fe católica; inmediatamente la corrupción se extendió por todas las provincias, inficionando de tal modo a hombres de toda condición y fortuna, que muchos opinaban que la causa de la religión en el imperio había llegado al último extremo, y que apenas había ya remedio para la curación de este mal. Y ciertamente se estaba en lo último, si no hubiera existido el presente auxilio de Dios.

Aun había en Alemania varones probados de antigua fe, doctrina y piedad; aun había príncipes de las casas de Baviera y de Austria, principalmente Fernando I, rey de los Romanos, que tenían el firme propósito de defender y guardar con todas sus fuerzas la causa católica. Mas Dios envió un grande y poderoso auxilio a la Alemania, próxima a perecer, en la Sociedad del Padre de Lovola, nacido precisamente en tales circunstancias, y de la que fué el primer miembro alemán Pedro Canisio...

...Bien sabemos, Venerables Hermanos, que es digno de alabanza el modo de obrar de vuestra gente, que aprovecha sabiamente y con gran éxito el ingenio y los estudios para contribuir al esplendor de la patria y procurar el bien privado y público. Pero es de suma im-

portancia que cuantos entre vosotros son buenos y sabios, trabajen con ahinco por la religión ofreciendo para su esplendor y defensa toda la lumbré de su ingenio y todas las fuerzas de su literatura; y con el mismo fin aprovecharse inmediatamente y reconocer en su conocimiento cuanto por doquiera haya de bueno para el progreso del arte y de la ciencia. Pues si ha existido alguna época en que, para la defensa de la causa católica, sea muy provechosa la abundancia de erudición y doctrina, ninguna como la nuestra, en que la necesidad de combatir a los enemigos de la fe cristiana presta ocasión de dedicarse con toda celeridad a toda clase de conocimientos.

Las mismas fuerzas se han de emplear en rechazar el ataque de los enemigos; ocupando antes su lugar; arrancando de sus manos las armas con que pretenden romper toda alianza entre lo divino y lo humano, y así será fácil a los varones católicos, dotados de ese vigor e instrucción, demostrar palmariamente que la fe divina no solamente no entorpece el progreso de la humanidad, antes por el contrario es como su complemento y perfección; y que las cosas que parece están más distantes y aun opuestas entre sí, pueden armonizarse y componerse tan fácilmente con la filosofía, que la una brille y resplandezca más con la luz de la otra; que la naturaleza no es enemiga sino compañera de la religión; por cuyo influjo no solamente se enriquece todo género de conocimiento, sino que las letras y las artes reciben más fuerza y vida. Por lo cual lo que, entre las gentes sobre todo, se confía en lo humano, ni ofrece confianza a la sabiduría de los ignorantes y es despreciado por los doctos, puesto que no viene precedido de deslumbrante forma. Somos deudores a los sabios no menos que a los ignorantes, de tal modo que con aquéllos estemos combatiendo y con éstos estemos alentando y levantando a los débiles y caídos.

Así es manifiesto cuán ancho campo sea el de la Iglesia. Pues cuando el ánimo se detiene a considerar, después de los cotidianos combates, observa que la fe que sellaron con su sangre los esforzados mártires, es la misma que ilustraron con su ingenio y ciencia los sabios...

LEÓN PAPA XIII

Los católicos alemanes ante la usurpación del poder temporal de la Santa Sede

DISCURSO DE WINDTHORST EN EL CONGRESO CATÓLICO DE FRIBURGO (1888)

WINDTHORST (1812-1891) fué el paladín del catolicismo alemán; el que llevó a la magnífica victoria política en la lucha contra el Kulturkampf. Como presidente que era del partido católico, vino a ser adversario temible de Bismarck en los debates que precedieron a la promulgación de la serie de leyes persecutorias elaboradas desde 1871, al dictado del Canciller, por el Landtag prusiano y el Reichstag alemán y que se conocen con el nombre de Leyes de Mayo. Mas, al resultar ineficaces estas leyes ante la firmeza de los católicos, se pensó en rendirles por el hambre, y en 1875 se suprimieron las dotaciones eclesiásticas (Sperrgesetz, que puede considerarse como la clave de bóveda del Kulturkampf). Posteriormente, después de cinco años de heroica resistencia por parte del clero y pueblo católicos, que optaron por la libertad de la Iglesia a costa de toda clase de privaciones, empezaron los perseguidores a batirse en retirada y las leyes fueron aboliéndose para las diversas diócesis, hasta quedar restablecidas las antiguas dotaciones en 1886. Pero no se detuvo aquí la victoria de los católicos, sino que tras una lucha parlamentaria llena de incidencias en la que Windthorst y sus diputados del «Zentrum» fueron batiendo a los luteranos y socialistas, se llegó por fin a la restitución (1891) de los Sperrgelder o capital acumulado por las dotaciones suprimidas.

* * *

Damos a continuación un fragmento del discurso con que Windthorst cerró el Congreso católico de Friburgo en 1888; discurso que da idea de la filial veneración de los católicos alemanes hacia el Sumo Pontífice, a la sazón León XIII:

El tema más importante que ha tenido que tratar la 35.^a asamblea general de los católicos de Alemania es ciertamente la situación creada al Papa. Seríamos hijos desnaturalizados, si en una reunión tan numerosa no nos hubiéramos acordado de él. Todos sabemos que el crimen de la usurpación romana no ha sido expiado aún: lo será un día, porque ninguna injusticia queda impune; sólo que Dios se reserva la hora del castigo... Que en la actualidad parece imposible toda esperanza de reparación, lo concedo; pero hay en la historia más de un caso semejante.

Para cumplir con éxito su alta misión, necesita el Papa de absoluta independencia. En efecto, ¿cómo podría sin libertad hacer penetrar por todas partes sus enseñanzas, sus consejos, sus reprensiones? Aquellos que se han convertido en carceleros suyos, se levantarían contra él desde el momento en que intentara hacer sentir su autoridad. De aquí la necesidad indiscutible de una soberanía territorial. Crispi, testigo poco sospechoso, decía en 1864 que el Soberano Pontífice no podía descender de su trono para sentar plaza de súbdito de un rey; y otro italiano añadía: El Papa debe poseer al menos una ciudad, y esta ciudad no puede ser otra que Roma...

Señores, todos los gobiernos y todos los pueblos están igualmente interesados en la restauración de la soberanía temporal del Papa, todos, menos los estados que no pertenecen a la Iglesia católica. Está fuera de duda para todo político sensato que la desaparición de la Santa Sede, es decir, de la potencia más conservadora del mundo, produciría un verdadero caos. Está, pues, en su propio interés que príncipes y pueblos consideren como suya la causa del poder temporal del Papado. El último invierno formulamos en el Congreso de Tréveris una resolución que expresaba con toda plenitud nuestro pensamiento acerca de este punto, y yo me permití decir entonces que esta resolución debía ser repetida siempre que nos reuniésemos al menos en número de tres. Los periódicos hostiles a nuestra causa nos apostrofaban irónicamente, diciendo que era aquello una vana demostración. Señores, los que usaban ese lenguaje prueban que políticamente son unos niños. Una idea sensata, una

idea justa, una idea necesaria, no será jamás una idea irrealizable. Sin duda que es necesario algún tiempo para que las ideas más sanas penetren en todas las inteligencias; pero hecha la luz, la idea no tarda en encontrar su realización...

Ruego al señor Presidente que me permita leer la resolución del Congreso de Tréveris, a la cual debe dar su asentimiento la Asamblea.

''La ocupación permanente de los Estados de la Iglesia y de Roma por parte del Gobierno italiano, constituye un atentado contra los derechos de la Iglesia, un gravísimo ataque a los principios del derecho de gentes y una intolerable usurpación de la libertad del Vicario de Jesucristo. La restauración de la completa independencia del Jefe de la Iglesia católica, es exigida por la justicia y necesaria para el común interés de príncipes y pueblos''.

(Esta resolución fué recibida con calurosas salvas de aplausos.)

Señores, quisiera que el Santo Padre hubiera podido ser testigo del entusiasmo con que habéis adoptado esta declaración... Siento verme obligado a detenerme aquí, porque con oyentes como vosotros, está uno tentado a dar libre curso a sus ideas tanto como la voz lo permita, y yo no sé cuántas veces me será aún concedido dirigiros la palabra. A mi edad la tarde avanza y nadie sabe ya cuándo llegará la noche. Me despido, pues, de vosotros, rogándoos que me conservéis tan buen recuerdo como la acogida que os habéis dignado concederme, y me tengáis presente en vuestras oraciones. Y ahora os pido que unáis a la mía vuestras voces para saludar con un viva retumbante como el trueno a nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII...

* * *

Estas últimas palabras, verdadero canto de cisne, provocaron una lágrima en todos los semblantes, un grito de entusiasmo en todos los labios, una emoción palpitante en todos los corazones.

Impresiones de Fátima

El nombre de Fátima, desconocido hasta hace poco por la casi mayoría de los españoles, o escuchado con cierto recelo, aun quizás recogido con escéptica sonrisa, corre hoy de boca en boca excitando por doquiera la curiosidad, entusiasmando a unos, alentando a otros, apasionando a todos. Algunos hay, sin embargo, todavía que mantienen estudiada reserva ni quieren pronunciarse declaradamente por determinada parte. Estos son los que con más curiosidad interna, aunque con aparente indiferencia, escudriñan y leen cuanto acerca de Fátima se escribe. Para todos escribimos estas líneas con la mayor objetividad que nos será permitida.

Qué se ve en Fátima

Dejamos el Lusitania Express en la estación de Entroncamento y allí nos esperaba un autobús que debía conducirnos al término de nuestro viaje. A medida que nos íbamos acercando a Fátima nos llamaba la atención el movimiento que observábamos en la carretera. Numerosos vehículos de todas clases, los más sencillos carros arreglados como para romería, llevaban la misma dirección que nosotros y los íbamos dejando atrás. Por lo general estaban al descubierto, repletos de personas de todas edades y sexos, de clase humilde, con sus típicos vestidos de fiesta. Veíamos también andar alegremente diversos grupos de caminantes, hombres con sus mantas en el hombro y mujeres con un gran fardo en la cabeza y numerosos cestos con las provisiones. En todos se notaban las señales de la alegría y cierta como prisa por llegar al término. De cuando en cuando nos pasa delante un lujoso automóvil. ¿Qué significaba aquel movimiento? Era el 12 de Julio, y por lo mismo aquella noche era día de peregrinación. Porque en Fátima las peregrinaciones se celebran todos los días 13 de cada mes de mayo a octubre, o sea los días en que se apareció la Santísima Virgen.

Tan pronto como llegamos al lugar santo, nuestros ojos tropezaron con el espectáculo conmovedor de la devoción de los peregrinos portugueses algunos de los cuales bajaban de rodillas la larga calzada que conduce desde la carretera de Fátima hasta el lugar de las apariciones en Cova d'Iria.

La peregrinación

A primera vista no ofrece la impresión espectacular que se observa en otros lugares similares. Los peregrinos van acudiendo por devoción en pequeñas caravanas generalmente por todo el día 12 hasta el atardecer. Los enfermos van ocupando las salas de la única casa u hospedería actualmente habitable, mientras se construye un gran edificio para hospital.

Los demás peregrinos van acampando donde pueden, debajo de las encinas que abundan en aquel paraje. En la hospedería no hay lugar para más de 250. En las peregrinaciones más reducidas suelen los peregrinos pasar de 10.000.

El primer acto oficial, por así decirlo y que da comienzo a la peregrinación, comienza a las 11 de la noche con el rezo del santo Rosario junto a la menudísima capilla levantada primitivamente en el lugar de las apariciones. En el lugar de la encina (desaparecida totalmente por la devoción de los fieles que se llevaron hojas y ramas, y por la impiedad de los sectarios que colocaron allí una bomba) existe una columna sobre la que se coloca la imagen de la Virgen que de ordinario suele estar dentro de la capillita. A su alrededor se agolpan los devotos y re-

zan con extraordinario fervor el Santo Rosario, mientras muchos peregrinos, cumpliendo sin duda votos y promesas, dan vueltas de rodillas al sagrado recinto. Terminado el rezo del Rosario la muchedumbre se ordena en manifestación, y encendidas velas o cirios recorren toda la inmensa explanada formando una magnífica «procesión de antorchas» que entra solemnemente por la puerta de la calzada y se reagrupa en el recinto destinado en la actualidad a Iglesia improvisada mientras se terminan las obras de la gran Basílica en construcción.

Al aire libre y debajo de un cobertizo se expone delante de la inmensa muchedumbre (en las grandes peregrinaciones ha alcanzado la cifra de 100.000 personas) su Divina Majestad, y se da comienzo a las 12 a la Adoración nocturna que termina con la Santa Misa a las 4 de la madrugada. Acabada ésta, la muchedumbre se dispersa por aquellos campos en busca de un rincón donde reposar al sereno bajo el amparo de un árbol, y los diferentes grupos de peregrinos se van turnando hora por hora en la vela al Santísimo hasta la Misa de las 10 de la mañana del día 13. Luego a las 11 se da principio al acto magno de la peregrinación. Para comprenderlo mejor situémonos en el lugar.

«Cova d'Iria» no es una cueva — como muchos equivocadamente creerían — sino una depresión en medio de una grande explanada de terreno, algo así como un inmenso bache. Por el borde superior corre la carretera de Fátima, en la que se ha abierto una desviación que conduce como una grande calzada al centro de la «cova». Este lo ocupa un monumento sencillo y severo al Sagrado Corazón de Jesús como remate de la construcción de la fuente milagrosa. De allí continúa la calzada subiendo hasta la monumental escalinata de la Basílica que está casi terminándose. A la izquierda de la fuente, a pocos metros de la misma construyó la piedad de los moradores de Fátima la primitiva capillita en honor de la Virgen y que a pesar de sus reducidas dimensiones y poco artística construcción, se quiere por ahora conservar como recuerdo del milagro allí obrado al conservarse íntegra a la explosión de la bomba sectaria explotada en su interior. Aquella capillita, con su columna delante, señala el lugar preciso de las apariciones y el que ocupaba la encina sobre que descansó la planta de María Santísima. La Basílica se ha construido en el lugar en que los niños vieron resplandecer el relámpago que les avisó de la aparición. Estas edificaciones no han quitado al paraje su estado agreste, pues de intento se han conservado las encinas y demás árboles tal como estaban al ser visitados por la Virgen. Reanudemos nuestra peregrinación.

La muchedumbre de peregrinos, engrosada por los numerosos devotos que han acudido de los pueblos vecinos forma una interminable procesión desde la capilla de las apariciones a la puerta de la Basílica. Al pie de la escalinata están colocados los enfermos en forma parecida a Lourdes. En lo más alto, en el atrio de la Basílica se ha improvisado un sencillo altar en el que se celebrará la Santa Misa. La imagen de la Virgen, llevada en andas por los peregrinos ocupa el centro del altar mirando a la muchedumbre, la cual con los pañuelos en las manos, las lágrimas en los ojos, y los corazones en los labios, saludan a la Virgencita a su paso hacia el augustísimo trono que le han preparado. Durante la celebración de la Santa Misa, aquel gentío inmenso canta la Misa de Angelis, y algún Prelado (que nunca falta en las peregrinaciones) exhorta a la penitencia y oración en cumplimiento de los deseos manifestados por la Virgen Santísima. Terminado el Santo Sacrificio se procede a la bendición de los enfermos con el Santísimo Sacramento. Los

que han presenciado esta ceremonia en Lourdes se harán cargo de lo que ocurre en Fátima, pues, sustancialmente es lo mismo sin más variantes que en pequeños pormenores. Y con esta ocasión no dejan de verificarse maravillas y milagros estupendos. El último que se obró de notoria resonancia ocurrió en la peregrinación del 13 de Junio. Fué la curación instantánea de una joven que padecía hacía cinco años de mal de pott, con aplastamiento de vértebras — comprobado por radiografías — y en consecuencia con paralización completa de brazos y piernas. Había salido moribunda del Hospital de Guarda el día 12 de junio, y el día 13, al mediodía, andaba por su pie recorriendo los lugares santificados por la presencia de la Virgen. Tomó parte en la peregrinación del mes de julio, y pudimos oír de sus labios el relato de su prolongada enfermedad y repentina curación.

La fe de Fátima

Los peregrinos portugueses que visitan aquel Santuario no acaban de comprender lo que presencian. Portugal era, hace unos años, un país completamente laico y liberal. Hoy día basta ir a Fátima y todos se sienten creyentes. Se respira allí un ambiente de sobrenaturalidad como en poquísimos lugares santos de la tierra. No sé qué tienen aquellos rostros sencillos y humildes que contemplan a la Virgen con una expresión que parecen videntes. Se diría que tienen el corazón en los ojos y en los labios. Allí no hay confort, ni hoteles, ni negocios...; los peregrinos acampan al aire libre, pasan la noche en vela después de un viaje tal vez pesadísimo cuando no lo han hecho a pie durante varios días, como es caso frecuente; aguantan los ardores del sol que cae abrumador en aquel recinto desértico sin más agua que la fuente milagrosa y la que se recoge de las lluvias ni más sombra que la de las encinas; toleran las nubes de polvo que levanta el viento quizás, como nos ocurrió a nosotros, durante la Santa Misa; sufren pacientemente el frío matinal; soportan las inclemencias de la lluvia; en una palabra, acuden a Fátima para responder al llamamiento de la Virgen y desagraviar allí las ofensas que atormentan su Corazón Inmaculado.

Durante la bendición de los enfermos se implora en alta voz por medio del micrófono la ayuda de la Virgen, y aunque es cierto que se suplica también por la salud corporal, pero principalmente se desea la salud espiritual de los hombres, la conversión de los pecadores, el alivio de las almas del purgatorio, el consuelo del Corazón de Jesús y el de María. Luego el sacerdote pide por la paz, por el Papa, por los gobernantes, etc., y oímos también que pedía por Portugal y por España, para que la Virgen continuase concediéndonos la paz. Y todas estas súplicas las repite aquella muchedumbre con una firmeza y confianza que entenece el alma. Y entretanto va el Santísimo Sacramento pasando por delante de cada enfermo y bendiciéndolo con la expectación emocionante de todos. Allí estaba en un carrito — que apenas merecía este nombre — una enferma fría ya y casi sin vida: su marido, pobre como ella, la había acomodado sobre unas pajas y metido en un cajón — no era otra cosa aquel carrito — al que él mismo había colocado un par de discos de madera mal labrada a modo de ruedas, y así en una posición incomodísima (pues el carrito apenas medía un metro de longitud), girando sobre aquellas ruedas tan irregulares, atravesando caminos de carro y arrastrado

por su propio esposo, había llegado a Fátima después de cuatro días de viaje (!). Y aquella mujer se volvía contenta, algo más aliviada de su dolencia, sin haber obtenido la salud corporal plenamente, pero confortada sí en el espíritu y llena su alma de deseos de padecer y sufrir por la conversión de los pecadores.

Cuando al terminar la bendición de los enfermos, los sacerdotes españoles cargamos sobre nuestros hombros las pesadas andas, y descendimos por la escalinata de la Basilica para reponer la imagen en su capillita; el entusiasmo de la multitud era desbordante, parecía un mar de pañuelos que flotaban al aire despidiendo o saludando a la Virgen, todos se apiñaban al paso de la imagen, todos la invocaban, todos la miraban atentamente, algunos quedaban como extasiados contemplándola, otros secaban las lágrimas que corrían por sus mejillas, y de la boca de todos salía espontáneamente el grito de «Virgen Santísima de Fátima, convertid a los pecadores», «Virgen Santísima de Fátima, rogad por Portugal», «Virgen Santísima de Fátima, rogad por España», «Virgen Santísima de Fátima, concédenos la paz, concédenos la paz, concédenos la paz».

El señor obispo de Leiria, al terminar todos los actos de la peregrinación, nos decía emocionado: «¡Pensar que hace unos años no se podía hablar de religión en Portugal, que los periódicos se burlaban de los acontecimientos de Cova d'Iria, que los sacerdotes no podían aparecer en público... y hoy presenciamos estos espectáculos todos los meses! ¡Esto sí, que es sobrenatural!»

Y es que, a parte de la devoción que no sé por qué inspiran aquellos lugares — que de suyo no ofrecen ningún atractivo — los vecinos de aquella región todavía recuerdan con espanto la espectacular visión del 17 de octubre de 1917. Hablando con la madre de Jacinta y luego con la hermana de Lucía, y preguntándoles sobre el particular, respondieron casi lo mismo: «Aquello era espantoso; el sol giraba rápidamente y se nos echaba encima. Creíamos que nos íbamos a morir.» — «Y Lucía, ¿qué les decía?» — «No lo sé; estaba tan asustada que no me daba cuenta de los que me rodeaban. Creo que ella dijo que miráramos hacia el sol; pero no lo puedo precisar porque tenía tanto miedo que no recuerdo más que la visión del sol que se nos echaba encima...» Y mientras decían esto parecía que temblaban todavía. Y como esta visión o fenómeno solar local, lo presenciaron todos los de Fátima y la muchedumbre allí reunida aquel día, cada vez que vuelven al lugar renuevan los afectos de contrición que entonces experimentaron ante lo sobrenatural.

Pasados unos días de verdadera devoción junto al lugar en que apareció la Virgen, impresionada nuestra alma por las emocionantes escenas de aquel memorable día 13 de julio, cautivado por la sencillez de los moradores de Fátima y sus alrededores, y eleccionado por el fervor mariano de aquellas pobres gentes; al recordar todas las maravillas que la historia de las apariciones nos narran, y comparándolas con las de Lourdes, la Salette, etc., daba el último adiós a aquella bendita tierra y me arrodillaba ante la tumba sencillísima de Francisco y Jacinta sin poder apartar de mi mente aquellas palabras de Jesucristo: «Confiteor tibi, Pater, Domine caeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater: quoniam sic fuit placitum ante te».

Fátima, julio 1944.

FRANCISCO DE P. SOLÁ S. J.



COMENTARIO INTERNACIONAL

La grave situación de Francia

III

La Encíclica "Humanum Genus"

Para continuar el ligero examen que constituye el fondo de los presentes artículos, es imprescindible decir algo de lo que es y de lo que significa la secta cuya influencia se ha hecho sentir con tanta intensidad en los destinos del vecino país: la masonería.

Esta influencia hemos tratado de ponerla de manifiesto en el análisis de la política francesa durante los últimos años del pasado siglo, citando a destacados autores que han estudiado en sus pormenores, la historia de la tercera república.

Muy raro puede parecer, a simple vista, que exista un poder capaz de ejercer un dominio tan intenso, incluso sobre los propios poderes del Estado; pero la experiencia continuada de tantos casos análogos, habla con claridad suficiente para que no podamos dudar de su existencia; como tampoco de que en su seno habríamos de encontrar, en varias ocasiones, la razón última de muchos acontecimientos.

Tratemos, pues, de descifrar de alguna manera lo que con tanto ahínco se oculta en el misterio, ¿y qué medio mejor para lograrlo que escuchar la palabra del Vicario de Jesucristo?

Su Santidad el Papa León XIII en la encíclica «Humanum genus», describe con magníficos trazos lo que en realidad se encierra en los antros de las logias. Por medio de algunos de los fragmentos de dicha encíclica penetraremos rápidamente en el conocimiento de los propósitos y de los fines de aquéllas.

Habla el Sumo Pontífice de los dos bandos en que se halla dividido el linaje humano: el reino de Dios y el reino de Satanás; ambos están frente a frente en una lucha sin cuartel. El reino de Satanás combate encarnizadamente para favorecer y propagar todo lo que es contrario a la virtud y a la verdad; de ahí que no repare en medios para conseguir sus fines, y aún trate de disfrazarlos para engañar con astucia a las personas incautas.

Entre los servidores del reino de Satanás, hay que colocar decididamente a la masonería, la cual no solamente colabora en los planes del ángel del mal, sino que es «guía y auxilio» de todos los que forman en las filas de tan perverso rey.

Con lo dicho puede adivinarse lo que constituye la esencia misma de la masonería. Pero Su Santidad la define con palabras tajantes: los masones, «sin disimular ya sus intenciones, audacisimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente, a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo, nuestro Salvador»; destacando, además, que la masonería se halla «extensamente dilatada y firmemente constituida».

Así, de un modo clarísimo, señala León XIII los fines de la secta.

En algunos tratados masónicos, especialmente en los que están al alcance del gran público, la secta es presentada como una sociedad filantrópica destinada a favorecer a los necesitados y a lograr que en el mundo reine una fraternidad absoluta, que triunfe la virtud, y que el derecho y la libertad sean los principios fundamentales que estructuren la vida del individuo y la constitución de los pueblos. Pero en varias ocasiones, los miembros de la masonería han manifestado con cierta crudeza, sus verdaderos propósitos. Veamos un ejemplo.

El día 15 de enero de 1901, Viviani hablando desde la tribuna del Parlamento, se expresó en los siguientes

términos: «No sólo estamos frente a frente con las Congregaciones, sino que nos encontramos cara a cara con la Iglesia católica... Pero el episodio actual no es más que una escaramuza, si le comparamos con las batallas del pasado y las que se han de reñir en el porvenir... Se trata de saber si en esta batalla nos bastará una ley sobre las asociaciones. El peligro de las Congregaciones y de la Iglesia no es, no viene por su conducta, sino por la propagación de la fe... No temáis las batallas que se os presenten: acudid. Y si encontráis frente a vosotros esta religión divina que poetiza el sufrimiento prometiendo reparaciones futuras, oponedle la religión de la humanidad, que también poetiza el sufrimiento ofreciendo como recompensa el bienestar de las generaciones».

Las explícitas palabras de Viviani son suficientes para confirmar, sin disimulos, las finalidades primordiales que constituyen la razón de ser de la masonería. Incluso en este caso concreto, Viviani, con sus expresiones da realidad a las palabras de Su Santidad: «maquinan abiertamente y en público», demostrando que en los momentos de euforia, no oculta la secta lo que generalmente pretende disimular con frases altisonantes. Tal vez sea fruto de aquel orgullo que Gustavo Bord señala: «Los masones representan desde el punto de vista cristiano el orgullo del hombre, el espíritu del mal, la revuelta contra Dios».

Influencia sectaria en la Sociedad

Pero la influencia de la masonería no es solamente nefasta a la religión cristiana, sino que con sus maquinaciones perturba grandemente la vida de los estados y es contraria al desarrollo y al fin supremo de la sociedad. Su Santidad León XIII, después de proclamar que la secta masónica está «constituida contra todo derecho y conveniencia», declara: «en espacio de siglo y medio la secta de los masones se ha apresurado a lograr aumentos mayores de cuanto podía esperarse, y entrometiéndose por la audacia y el dolor en todos los órdenes de la república, ha comenzado a tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados».

Del enfortalecimiento de la masonería a través de largos lustros de actividad, se han derivado gravísimos males para la sociedad toda; veamos como los especifica el Papa: «De tan rápido y terrible progreso se ha seguido en la Iglesia, en la potestad de los príncipes y en la salud pública la ruina prevista muy de atrás por nuestros antecesores; y se ha llegado a punto de temer grandemente para lo venidero, no ciertamente por la Iglesia, cuyo fundamento es bastante firme para que pueda ser socavado por esfuerzo humano, sino por aquellas mismas naciones en que logra grande influencia la secta de que hablamos u otras semejantes que se le agregan como auxiliares y satélites».

Como puede apreciarse, el Pontífice teme grandemente por el porvenir de varias naciones donde es manifiesta la influencia masónica, lo cual presupone que hay razones suficientes capaces de engendrar tales temores. Los hechos son, ciertamente evidentes.

Sin movernos de la misma Francia, ¿no está demostrada suficientemente la intervención sectaria en la revolución de 1789? Veamos lo que afirmaba en el Congreso masónico del Gran Oriente celebrado en 1904, uno de sus miembros llamado Bonnet: «Cuando se desplomó la Bastilla, la Francmasonería tuvo el honor supremo de dar a la humanidad la carta que había elaborado con amor... El 25 de agosto de 1789, la Constituyente, de la

que más de 300 miembros eran masones, adoptó definitivamente, casi palabra por palabra como se estudió largamente en las logias, el texto de la inmortal declaración de los Derechos del Hombre. En aquella hora decisiva para la civilización, la Francmasonería francesa fué la conciencia universal, y en las improvisaciones e iniciativas de las Constituyentes, no cesó de aportar el resultado reflexivo de las elaboraciones lentas de sus talleres».

Y sobre la misma influencia en las decisiones gubernamentales de finales del pasado siglo, el periódico «Le Matin» escribía en 1893: «Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la mayor parte de las leyes que sufren los franceses — hablamos de las importantes leyes políticas — han sido estudiadas por la Francmasonería antes de tomar estado oficial. Las leyes sobre la enseñanza, sobre el divorcio, las militares y, entre otras, la ley del servicio militar de los seminaristas, iniciaron el vuelo en la calle de Cadet (asiento del Gran Oriente) hacia el Palacio Borbón, llegando a ser inviolables y definitivas».

No es de extrañar la influencia dentro del Parlamento si tenemos en cuenta que gran número de diputados estaban afiliados a la secta, la cual vigilaba todos sus movimientos y les obligaba a seguir las decisiones adoptadas en las «tenidas». Recordemos que en el Congreso masónico, celebrado en septiembre de 1891, fué aprobada la siguiente proposición: «El Congreso masónico invita al Consejo de la Orden, para que convoque en el Hotel del Gran Oriente a todos los miembros del Parlamento que pertenecen a la Orden, a fin de hacerles saber los votos expresados por la generalidad de los masones, como asimismo la orientación política de la Federación».

Con tales datos no puede haber la menor duda de que lo más grave puede esperarse en la vida de los pueblos, si la intromisión masónica no es impedida a tiempo. La secta aspira a transformar la esencia de la misma sociedad; no lo ocultaba el destacado masón suizo Quartier-Tente, cuando decía: «La masonería se ha impuesto una tarea, una misión. Se trata nada menos que de reconstruir la Sociedad sobre una base enteramente nueva», y el propio Albert Lantoine remachaba la idea: La finalidad de la masonería «consiste en construir insensiblemente una República universal y democrática en la que reina será la Razón y el Consejo Supremo, la Asamblea de los sabios».

Los verdaderos fines

Demos ahora un paso más y consideremos la estructura interna de la masonería y de las sociedades secretas afines, tal como la describe el Sumo Pontífice: «muchas cosas hay en ellas semejantes a los arcanos, las cuales hay mandato de ocultar con muy exquisita diligencia, no sólo a los extraños, sino a muchos de sus mismos adeptos, como son los últimos y verdaderos fines, los jefes supremos de cada fracción, ciertas reuniones más íntimas y secretas, sus deliberaciones, por qué vía y con qué medios se han de llevar a cabo. A esto se dirige la múltiple diversidad de derechos, obligaciones y cargos que hay entre los socios, la distinción establecida de órdenes y grados y la severidad de la disciplina por que se rigen». Así, el misterio de algunos proyectos de gran trascendencia queda oculto no sólo para los extraños, sino, como dice el Papa, para muchos de sus propios adeptos, así lo asevera Oswald Wirth, portavoz de la masonería ocultista; «la especulación filosófica no preocupa más que a un pequeño número de franc-masones que son, en cierta manera, los doctores de la Institución», los cuales «tienen el carácter, en el seno de la masonería, de Maestros secretos, ya que su influencia es discreta cuando no ignorada»; destacando que «la masa de los masones es extraña a los análisis sutiles y se contenta solamente en sentir; actúa — dice — instintivamente, conformándose a oscuras tradiciones que ejercen a través de los siglos influencias sugestivas».

De este modo, los supremos dirigentes mantienen el secreto más absoluto, sobre todo cuanto pretenden llevar a cabo, y de tal manera lo logran, que casi nunca los adeptos de los grados inferiores, conocen exactamente los motivos últimos de los actos que realizan por encargo

de los jefes supremos. Parece extraño que la obediencia llegue a tales extremos, pero no olvidemos que la masonería transforma psicológicamente a sus miembros, no solamente por la inculcación de principios filosóficos, sino — afirma G. Martin — por la infiltración «de una manera de sentir, y a menudo por una manera de ser».

S.S. León XIII insiste, más adelante, sobre el propósito final de la secta: «de los certísimos indicios que nemos mencionado antes, resulta el último y principal de sus intentos; a saber: el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las extrañas del naturalismo».

Esta acusación taxativa a la masonería ha sido puesta de manifiesto y confirmada por alguno de sus propios miembros. El ya citado Oswald Wirth, en su obra «Le Livre du Maître», trata de demostrar que en la masonería existe un fundamento «religioso», declarando: «Tenemos el coraje de decirnos religiosos y de afirmarnos apóstoles de una religión más santa. Propaguemos la religión de la República que formará el corazón de los ciudadanos y cultivará las virtudes republicanas»; y Albert Lantoine afirma que la masonería, gracias «a la instrucción, y con el progreso de la ciencia que mata las supersticiones y los dioses, aparecerá como la única religión digna de los hombres».

¿Y cuál es esta religión que pretende ser la masonería? ¿Quién es su dios? Wirth contesta en estos términos: «Dios es el ideal que el hombre lleva en sí mismo. Es la concepción que puede tener de lo Verdadero, de lo Justo y de lo Bello. Es el superior guía de sus acciones, el arquitecto que preside la construcción de su ser moral. No se trata, en absoluto, del ídolo monstruoso que la superstición ha inventado sobre el modelo de los dioses terrestres. Llevamos — afirma — dentro de nosotros un Dios que es nuestra propia inteligencia».

¡Esta es la base del «orden nuevo», sobre la cual habría de levantarse la sociedad según los principios masónicos!

No podemos extendernos más sobre esta materia. Sin embargo, es necesario poner de manifiesto, como final de este artículo, la actitud directa de la masonería frente a la Iglesia. Oigamos al Soberano Pontífice: «Mucho tiempo ha que se trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda ingerencia del magisterio y autoridad de la Iglesia, y a este fin se pregonan y contiene deberse separar la Iglesia y el Estado, excluyendo así de las leyes y administración de la cosa pública el muy saludable influjo de la religión católica, de lo que se sigue la pretensión de que los Estados se constituyan hecho caso omiso de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia. Ni les basta con prescindir de tan buena guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas. Se llega, en efecto, a combatir impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza, los mismos fundamentos de la religión católica; se pisotean los derechos de la Iglesia; no se respetan las prerrogativas con que Dios la dotó; se reduce casi a nada su libertad de acción, y esto con leyes en apariencia no muy violentas, pero en realidad hechas expresamente y acomodadas para atarle las manos. Vemos, además, al Clero oprimido con leyes excepcionales y graves..., las Ordenes religiosas suprimidas y dispersas. Pero donde, sobre todo, se extrema la rabia de los enemigos, es contra la Sede Apostólica y el Romano Pontífice... Aunque faltaran otros testimonios, consta suficientemente lo dicho por el de los sectarios, muchos de los cuales, tanto en otras diversas ocasiones como últimamente, han declarado ser propio de los masones el intento de vejar cuanto puedan a los católicos con enemistad implacable, sin descansar hasta ver deshechas todas las instituciones religiosas establecidas por los Papas»; además, la masonería «abriendo los brazos a cualesquiera y de cualquiera religión, consiguen persuadir de hecho el grande error de estos tiempos; a saber: el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy a propósito para arruinar toda religión, singularmente la católica, que como única verdadera, no sin suma injuria puede igualarse a las demás».

JOSÉ ORIOL CUFFÍ

NOTAS DE INTERÉS

S. S. EL PAPA DIRIGE UNA CARTA AL VICARIO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Este año se celebra el centenario de la fundación del Apostolado de la Oración. Con tan fausto motivo, el Pontífice felizmente reinante Pío XII ha dirigido al reverendo P. Vicario General de la Compañía de Jesús, director general de aquella Pía Unión, una extensa carta cuyo texto reproduciremos, Dios mediante, en uno de los próximos números, pero de cuyo contenido queremos hoy entresacar algunos párrafos, para destacar el paternal afecto que tiene Su Santidad hacia tan piadosa y eficaz obra.

La carta está fechada el día 16 de junio de 1944 y empieza así: «Al amado hijo Norberto de Boynes, Vicario General de la Compañía de Jesús y Director general del Apostolado de la Oración, Pío Papa XII. Al amado hijo: salud y bendición apostólica. Al cumplirse ya el primer centenario desde que, no sin inspiración de la Divina Providencia, fué felizmente fundada la Pía Unión del Apostolado de la Oración, Nos, en medio de los dolores y angustias que por todas partes nos aquejan, experimentamos íntimo consuelo al recordar los copiosos frutos que, con el auxilio divino, han madurado en el sodalicio durante este largo período de tiempo. Mientras te felicitamos paternalmente a ti, que diriges la benemérita asociación, y a cuantos sobre todo de la Compañía de Jesús, se dedican a consolidarla y propagarla, deseamos que tan fausto acontecimiento no pase sin el debido elogio y sin exhortar a los fieles a tomar parte en él con piadosa y diligente voluntad».

Expone el Papa la naturaleza del Apostolado y los frutos copiosos que se derivan para sus socios, destacando su influencia «para dar incremento y hacer cada vez más florecientes la Acción Católica y las demás asociaciones que colaboran en el apostolado de la Iglesia».

Por todas estas razones, «no debe extrañar, dice el Pontífice, que nuestros predecesores lo hayan honrado con altos elogios. Y Nos mismo, que desde el principio de nuestro pontificado, siempre que se nos presentó ocasión, manifestamos cordialmente al piadoso sodalicio nuestra benevolencia, no hace mucho, en la encíclica "Mystici Corporis Christi", quisimos recomendarle encarecidamente como gratísimo aliado».

Termina la carta con una exhortación de la que son las siguientes líneas: «Seguid, pues, amados hijos que pertenecéis a esta Pía Unión, progresando día por día por un camino emprendido con tan buenos auspicios continuad procediendo según vuestras fuerzas y propagando en todo lugar esa institución de la que decía nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío X, que nada es más apto para curar los males tan graves y variados que aquejan a la sociedad humana. Seguid usando con viva e intensa diligencia todos los medios que sirven para acrecentar y dilatar el reinado del Sagrado Corazón de Jesús. Nos ar-

dientemente deseamos y esperamos que, con la ayuda de Dios, este ejército casi innumerable de almas que oran, crezca no sólo en el número, sino también en la gracia y poder sobrenaturales, y que saque espíritu y fuerza de aquel inflamado deseo de impetración y reparación que debe impregnar toda la vida, los pensamientos, las aspiraciones, los deseos de los socios, de modo que sean no ya orantes, sino oraciones vivas».

CONVERSIÓN DEL REY DE RUANDA

Los dolores que afligen a la Iglesia en los actuales momentos, derivados en su mayor parte del feroz materialismo que todo lo anega, mitiganse en gran manera por las noticias consoladoras que, gracias a Dios, no faltan tampoco en estos tristes días.

Hoy podemos dar cuenta a nuestros lectores de un hecho acaecido en tierras africanas, que representa el fruto de la incansable actividad de los misioneros y al mismo tiempo una promesa de grandes esperanzas. Nos referimos a la conversión del rey de Ruanda, Mwamu Mutara Rudahigwa, que ha ingresado recientemente en el seno de la Iglesia.

El bautismo le fué administrado por el Vicario Apostólico en el trascurso de un solemne acto, al cual asistieron el Gobernador general del Congo Belga y los súbditos del soberano.

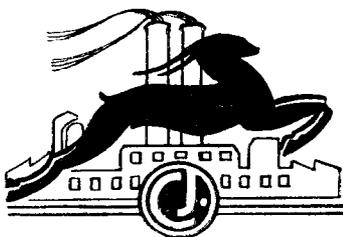
FRAGMENTOS DE UNA CRÓNICA

Como simple noticia informativa, reproducimos a continuación fragmentos de una crónica remitida el pasado mes de febrero por el corresponsal de la United Press, Ralph Heinzen, y que probablemente no conocen nuestros lectores.

Decía así: «...Durante cuatro días con sus noches, viví en la zona de la muralla del Atlántico. La Gestapo nos obligó a mantener cerradas las ventanas y corridas las cortinas del hotel de Biarritz, con vistas al mar, pero todas las precauciones no fueron suficientes para impedir el examen de una parte importante de la "muralla", en una extensión aproximada de tres kilómetros, examen que me llevó a la conclusión de que o bien los alemanes recurren monstruosamente al "bluff" — si el resto de la muralla se parece a lo observado — o no esperan que la invasión ocurra por las playas del Atlántico.

Tropas formadas por "boyscouts" norteamericanos, podrían desembarcar en Biarritz, con un mínimo de pérdidas... El sector de Biarritz consiste en pequeñas casamatas, ninguna de ellas mayor que un cañón antitanque mediano, hábilmente empotrado en las rocas, pero visibles aún sin el auxilio de los «largavistas» de campaña... Volaron con dinamita también muchas de las fortalezas de la línea Maginot, a fin de impedir que pudieran utilizarlas los aliados...»





José Codinaach

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA Y ESTAMBRE · ARTICULOS CLASICOS Y PARA UNIFORMES

Sabadell

FABRICACIÓN DE ALTAS FANTASÍAS
EN LANERÍA PARA CABALLERO

M. Corominas, S. A.

Casa fundada en 1820

SABADELL

**BARATA Hnos.
SUCESOR**

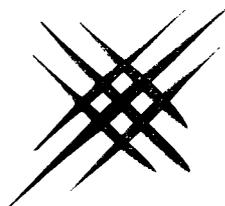
TEJIDOS DE LANA

Plaza Maragall, 2 · Teléfono 2522
TARRASA

A. y R.

Blasi Canela

GÉNEROS DE PUNTO



COLEGIO, 45
TARRASA



Hijo de **JOSÉ MARCET POAL**

NOVEDADES EN TEJIDOS
DE LANA Y ESTAMBRE

General Mola, 24 - TARRASA - Teléfono 2219

P. B.